

## **El Silencio de la Democracia**

**(en la constitución “real” de la Revolución Bolivariana)**

Francisco Plaza

Una de las mayores paradojas de la realidad actual en Venezuela es que algunas de las señales más significativas para comprender la naturaleza de su profunda crisis política no se manifiestan en el contexto de la confrontación que divide a la sociedad en polos contrapuestos. En efecto, así como los altísimos grados de tensión y conflictividad característicos de nuestra dinámica política constituyen signos evidentes de una aguda ruptura, también lo son, aunque ya no de manera obvia, ciertos elementos de coincidencia en las actitudes y criterios que, por encima de las diferencias, parecen compartir quienes de una manera u otra participan en el debate público, independientemente de sus respectivas perspectivas políticas. Dicho de otra forma, la sustancia de la crisis política en Venezuela no está sólo en lo que divide y separa sino incluso, y quizá hasta de manera principal, oculta en ciertos puntos de encuentro en torno a los cuales la sociedad entera se ha venido uniendo. Así, algunas concepciones que progresivamente han llegado a dominar la conciencia colectiva del país, lejos de constituir motivo de esperanza por el hecho de ser compartidas, son señales de la grave magnitud que ha alcanzado la crisis política y, sobre todo, enormes obstáculos para cualquier esfuerzo de reconstrucción. En este ensayo, entonces, procuraremos primero descubrir las amenazas que esconden estos puntos de encuentro para luego, con base en ellos, reunir y articular elementos que a nuestro juicio son imprescindibles para comprender la naturaleza de la crisis venezolana.

## I

No es raro que en el análisis sobre la realidad venezolana participen *voces prudentes* advirtiendo acerca de la necesidad de no sobredimensionar la magnitud de la crisis política. Estas voces reconocen, claro está, el permanente clima de tensión en el que se desenvuelve la vida política del país, pero encuentran reposo en el hecho de que tanto el gobierno como la oposición aceptan recurrir al veredicto de la voluntad popular como medio para dirimir las diferencias y dar fundamento legal al ejercicio del poder. Como testimonio de esta realidad, con frecuencia se subraya la forma prácticamente unánime con la cual en Venezuela se invoca a la Constitución de 1999 como referencia común en el discurso político. En el debate cotidiano, es cierto, ya es una práctica retórica generalizada que unos y otros argumenten la justicia de sus respectivas posiciones con la Constitución en mano, independientemente de la magnitud de los asuntos planteados. Esta constante referencia a la Constitución suele entonces interpretarse como la mejor evidencia de que, no obstante las enormes diferencias en las posiciones, y la intensidad y pasión con la que éstas son defendidas, existe una robusta unidad en torno al compromiso general de referir, al menos en principio, toda acción política al marco legal establecido en el texto constitucional y, particularmente, a los procedimientos democráticos allí establecidos. De acuerdo con las *voces prudentes*, la vida política en Venezuela transcurre en el marco de la legalidad democrática y, por tanto, no existe verdadera razón de alarma en la innegable polarización de la sociedad mientras ambos extremos en pugna restrinjan su lucha a los límites establecidos por la ley. Como corolario a su *objetiva prudencia*, algunos llegan incluso a añadir que la bipolaridad en una sociedad no es anormal sino, más bien, señal de desarrollo político, a juzgar por la forma cómo las sociedades en las democracias estables de madura tradición

bipartidista tienden a adherirse a una de dos alternativas. “¿Cómo es que no tienen democracia—se nos pregunta—si se la pasan teniendo elecciones?” O también, “¿Cómo hablar de ilegalidad, si todos invocan la misma Constitución en el discurso político y toda acción del gobierno está sustentada por algún procedimiento legal institucionalmente establecido?”

En estos diez años se ha explicado y descrito reiteradamente las acciones del gobierno que propenden a la división y al conflicto, como también su sistemática violación del orden constitucional. No obstante las evidentes agresiones contra la libertad y los derechos individuales, así como la arbitrariedad con la que el gobierno ejerce y concentra el poder, todavía no logramos dar una respuesta convincente a estas preguntas. De nuevo, más allá de lo que nos divide y separa, parece no ser posible dar cuenta de nuestra realidad política hasta tanto no se examine nuestra común disposición a resolver nuestras diferencias a través del voto popular y a referir toda acción política, incluida la del gobierno, al marco legal de la Constitución de 1999. Estos “puntos de encuentro” encierran una gravísima distorsión que intuimos con el corazón pero que no alcanzamos a articular racionalmente con la suficiente claridad: es verdad que votamos y que el gobierno logra sustentar sus acciones en alguna disposición legal que encuentra su referencia formal en una Constitución que todos aceptamos. Ello es así, pero al mismo tiempo sabemos que en Venezuela perdimos la democracia. No logramos explicar esta permanente contradicción en la que se desarrolla la vida política del país quizá porque tampoco nosotros la hemos aceptado en el fondo. ¿Cómo afirmar la naturaleza autocrática del gobierno en el contexto de una sociedad que invoca las leyes en su acción política y somete sus diferencias a la decisión de las mayorías? ¿Cuál contradicción subyace estos “puntos de encuentro” que lejos de unir a la sociedad parecieran agravar aún más su ruptura?

Como punto de partida de esta reflexión, es preciso reconocer lo absolutamente anormal de un debate político en el que continuamente nos veamos obligados a invocar la Constitución. Puede que para muchos esta afirmación luzca extraña, lo cual sería comprensible habida cuenta de la forma en que el venezolano ha venido resignándose a aceptar como normal lo que simplemente no lo es. También esta afirmación debe sorprender a quienes comparten la propensión casi unánime—otro punto de encuentro—a desechar toda referencia a nuestra experiencia en el período democrático que culminó en 1999. Pues bien, no es normal que la Constitución sea el objeto de la controversia política cotidiana. Sin duda, no fue así en la experiencia democrática del período 1958-1998. La mayor fortaleza de la Constitución de 1961 fue su capacidad para reunir y articular los sentimientos de unidad nacional que animaron al llamado “espíritu del 23 de enero”. En efecto, los principios constitucionales de un país, en condiciones ordinarias de estabilidad, sirven como premisa del debate político. Como conjunto de verdades compartidas sobre el sentido y valor de la existencia humana en sociedad, son el punto de partida que debe permanecer incontrovertido en medio de la polémica política. Al hablar de principios, desde luego, no hacemos referencia a los aspectos procedimentales de la Constitución, a las llamadas “reglas de juego” de la democracia, que abarcan tan sólo un aspecto, importante sin duda, pero insuficiente en la vida de un país. En torno a éstas es normal que surjan ocasionalmente diferencias de interpretación sobre su significado y formas de aplicación. Nos referimos más bien al espíritu que una Constitución política encarna y que en parte intenta recoger en su preámbulo y sección declarativa. Al hablar del espíritu de una Constitución, pensamos en los principios relativos al significado de la vida humana, al valor que tiene la libertad en el desarrollo de la vocación personal, a las condiciones para un desarrollo humano auténtico, a la noción general sobre los requisitos de la justicia y el bien común, a la relación

entre sociedad y Estado y al rol que en dicha relación corresponde a la acción política, en fin, a todo aquello que caracteriza la identidad de una nación y cuya articulación constituye el sentido real de su historia.<sup>1</sup> Es también el espíritu que prevalece en la propia acción política cuando los dirigentes reconocen la dignidad humana de sus adversarios y por tanto se someten voluntariamente a un pacto implícito de acuerdo con el cual no se levantan emociones dirigidas a producir fracturas irreconciliables en la sociedad, arrogándose para sí mismos el monopolio de la verdad mientras se acusa a todo rival político de traición a la patria.<sup>2</sup> En tales circunstancias, las distintas alternativas políticas ofrecen sus respectivas perspectivas sobre cómo proteger y concretar los principios, pero siempre en la seguridad de que más allá de las discrepancias, existe un rumbo compartido al que la sociedad en su conjunto apunta, pues permanece aquella *homonoia* o acuerdo básico acerca de lo bueno y de lo malo del *ethos* humano.<sup>3</sup> Mientras existe unidad en torno a los principios y su espíritu permanece vivo, la constitución sirve como punto de encuentro en medio de las diferencias. Se cumple entonces la condición esencial de una democracia—el *demos*—, vale decir, una sociedad suficientemente unida como para reaccionar como unidad bajo la guía de un liderazgo político. En la medida en que los principios no son el objeto de la controversia, permanecen como fundamento común de todo discurso político y, por tanto, no es necesario apelar a ellos a cada momento. Más bien, mientras menos se invocan más sólidamente se encuentran enraizados en el alma colectiva. El grado de compromiso de una nación con sus principios no se refleja en el volumen de su discurso político, ni tampoco en la permanente proclamación de ideales. No es la bulla sino el silencio lo que en realidad refleja si

---

<sup>1</sup> Ver Eric Voegelin, The New Science of Politics (Chicago: The University of Chicago Press, 1987).

<sup>2</sup> Eric Voegelin, "Extended Strategy: A New Technique of Dynamic Relations" en The Journal of Politics, Vol. 2, Nro. 2 (Mayo, 1940), 186.

<sup>3</sup> Ver Joseph Ratzinger. Church, Ecumenism and Politics (Nueva York: Crossroad, 1988), 182-203.

una sociedad traduce en su acción común los principios que la animan, lo cual sólo es posible cuando lo político se orienta por una comprensión compartida de lo humano y su bien.

La continua invocación de la Constitución en el debate público indica que la división en la sociedad venezolana es tan profunda que se ha socavado incluso el propio fundamento de su vida en común. Quebrado el consenso primordial, se apela a la Constitución en el discurso para contraponer visiones irreconciliables acerca de los asuntos más críticos sobre el destino de la persona humana, como son el significado de la vida, el valor de la libertad, la noción de justicia y el sentido del bien común. En tales condiciones, la discusión racional como requisito indispensable de la democracia no puede prevalecer pues los participantes en el debate no comparten la matriz de realidad en la que todos los asuntos específicos de nuestra existencia como seres humanos están en definitiva enraizados.<sup>4</sup> Cuando no es obvio para todo participante en el debate que, por ejemplo, toda vida humana es digna o que la libertad es condición indispensable para el desarrollo pleno de la persona, se rompe toda posibilidad de comunicación sobre lo justo y lo injusto, lo cual es precisamente lo que distingue al ser humano de otros animales gregarios según la conocida definición de Aristóteles del hombre como ser social por naturaleza. En esta situación, se pierde el verdadero fundamento de lo que anima y da cohesión a la vida en sociedad.

Este problema de ruptura en los fundamentos está íntimamente vinculado con un segundo punto de encuentro en la sociedad venezolana que, como el primero, también se considera como señal de fortaleza política. Nos referimos a la concepción formal de la democracia en términos exclusivos de sus procedimientos y estructuras institucionales. La democracia, de acuerdo con este criterio casi unánime hoy día en Venezuela, se define como el sistema de gobierno que

---

<sup>4</sup> Eric Voegelin "On Debate and Existence" en The Collected Works of Eric Voegelin. Vol. 12, edición de Ellis Sandoz (Baton Rouge, Louisiana: Louisiana State University Press: 1990), 36.

justamente ofrece los mecanismos para dirimir las diferencias en la sociedad, independientemente de qué tan profundas ellas sean. Desvinculada de toda verdad objetiva, la democracia no es otra cosa sino el conjunto de reglas procedimentales que permiten recurrir al veredicto de la mayoría para dirimir las diferencias y así lograr que la sociedad decida entre opciones diversas, todas en principio igualmente válidas. Esta es la perspectiva de quienes ven en el relativismo la verdadera esencia de la democracia.<sup>5</sup> Al no haber verdades objetivas, la democracia no es más que un “modus procedendi”, una forma de gobierno que funciona mientras exista la disposición a tolerar cualquier punto de vista si acaso la mayoría así lo decide. La tolerancia, entonces, pasa a sustituir a la dignidad del ser humano y su libertad como piedra angular de la democracia. De acuerdo con esta perspectiva, no es necesario un fundamento común sobre la concepción de lo humano sino una cierta disposición cívica a aceptar la regla de la mayoría.

El problema con esta comprensión de la democracia, claro está, debiera ser obvio para los venezolanos en virtud de su experiencia en estos primeros diez años de Revolución Bolivariana. Una sociedad puede darse el lujo de funcionar sin una formulación explícita de las verdades que le sirven de fundamento mientras todavía sus principios se mantienen contenidos en la práctica, es decir, mientras la conducta de la gente y de sus líderes encarne aquellas verdades fundacionales que ahora, por una tolerancia mal entendida, ya nadie se atreve a proclamar. En otras palabras, el silencio de la democracia sólo es posible cuando una sociedad

---

<sup>5</sup> Referencias fundamentales para comprender esta aproximación a la democracia son Hans Kelsen, “Foundations of Democracy” en *Ethics*, Vol. 66, Nro. 1 (Octubre, 1955), 1-101; y Richard Rorty *Contingency, Irony and Solidarity* (Nueva York: Cambridge University Press, 1989). También Rorty, “The Priority of Democracy to Philosophy” en *The Virginia Statute for Religious Freedom*, edición de Merrill Peterson y Robert C. Vaughan (Nueva York: Cambridge University Press, 1988), 257-82.

cultiva, preserva y protege en la práctica sus preceptos morales esenciales.<sup>6</sup> La tolerancia, por tanto, únicamente puede funcionar apoyada sobre un núcleo sólido de verdades compartidas, sólo si ciertos valores fundamentales son reconocidos por todos y excluidos del debate público. ¿Qué pasa cuando asume el poder un grupo político con una comprensión de la vida y la libertad contradictoria a los valores tradicionales de una sociedad? ¿Puede una democracia sobrevivir si alcanza el poder un grupo intolerante, violento y arbitrario precisamente en virtud de sus valores particulares? En tales circunstancias ¿serán suficiente salvaguarda los procedimientos formales de limitación y separación de poderes o la convocatoria periódica a elecciones? El problema, desde luego, supone reconocer la extrema fragilidad que una democracia apoyada sólo en la tolerancia y comprendida exclusivamente en términos formales tiene para mantener vigentes aquellos principios que son su propia razón de ser. En estos casos, la tolerancia puede transformarse en una especie de pacto suicida. En efecto, ¿qué ocurre en una democracia cuando no es ésta o aquella forma de atender problemas lo que toca decidir sino cuando son sus propios fundamentos los que están en tela de juicio? ¿Puede una democracia someter al veredicto de las mayorías la preservación o no de las libertades fundamentales indispensables para el desarrollo de la persona? ¿Puede un pueblo decidir no ser libre? ¿Puede el respeto a la dignidad del ser humano ser objeto de una contienda electoral? ¿Qué sucede cuando la dignidad del ser humano y el valor de su libertad dejan de ser fundamentos ciertos para convertirse, más bien, en opciones a ser aceptadas o no conforme a la fuerza de los números? Cuando una comprensión equivocada de la tolerancia impide ver que la democracia es principalmente una forma de vida que encarna un conjunto de verdades concretas sobre el ser humano, el silencio en la democracia ya no es

---

<sup>6</sup> Joseph Ratzinger, Values in a Time of Upheaval (San Francisco: Ignatius Press, 2006), 45-51. Ratzinger también discute a fondo la relación entre verdad y tolerancia en una democracia en Truth and Tolerance (San Francisco: Ignatius Press, 2004), 210-258. Sobre la necesidad de que los principios permanezcan contenidos en la práctica, ver Michael Oakeshott, Rationalism in Politics and other Essays (Indianapolis, Indiana: Liberty Press, 1991).



capaz de contener el impulso de las fuerzas contrarias a su espíritu. En estas circunstancias, la democracia se transforma en una mera forma de gobierno, en donde la fuerza de los números priva sobre la verdad, y un conjunto de reglas procedimentales sirven para dirimir los aspectos más críticos sobre el valor de la vida humana y su destino. Como en toda situación de fuerza no sometida a la razón, la sociedad deja de procurar un consenso moral sobre los asuntos más fundamentales de la existencia humana, con lo cual la propia moral deja de ser el criterio primordial en los asuntos públicos. Un estado democrático se apoya sobre la base de un fundamento meta político—antropológico—y sólo puede mantenerse justo mientras la visión de lo humano, que no deriva del propio Estado, se mantiene vigente.<sup>7</sup> “Una auténtica democracia”, insistía el Papa Juan Pablo II, “no es sólo el resultado de un respeto formal a las reglas, sino que es el fruto de la aceptación convencida de los valores que inspiran los procedimientos democráticos: la dignidad de toda persona, el respeto de los derechos del hombre, la asunción del “bien común” como fin y criterio regulador de la vida política.” Al quebrarse el consenso general sobre estos valores, se compromete gravemente la estabilidad de la democracia pues al no haber verdades sobre lo humano que orienten y guíen la acción política, “las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder”, con lo cual la democracia puede convertirse “en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia.”<sup>8</sup>

Acaso pueda sugerirse como respuesta a las interrogantes arriba planteadas el criterio del poder absoluto de la soberanía popular, aduciendo que su carácter ilimitado permite al pueblo decidir cualquier cosa, incluso, por ejemplo, si desea o no restringir su propia libertad. Esta fue la posición, recordemos, que abrió las puertas a la sistemática demolición “legal” del orden

---

<sup>7</sup> Ver Joseph Ratzinger, Turning Point for Europe? (San Francisco: Ignatius Press, 1994), 138-139.

<sup>8</sup> Juan Pablo II, Centessimus Anus, nro. 46

constitucional anterior a 1999 y que, desde entonces, se ha constituido en la principal credencial de legalidad democrática de la Revolución Bolivariana. Este criterio viene a ser un tercer punto de encuentro que, en términos generales, congrega a la sociedad venezolana en su conjunto: no existe ningún otro principio de legitimidad del Estado distinto de la decisión de la mayoría, que entonces ocupa la posición de la “verdad” en la vida de la sociedad. Así, la legitimidad democrática nada tiene que ver con los contenidos pues lo único importante es el acto electoral como mecanismo para transferir al Estado el poder originario del pueblo. En consecuencia, lo electoral se erige en criterio y fin de la democracia, olvidándose entonces que “la democracia es un ordenamiento y, como tal, un instrumento y no un fin, por lo que, por tanto, su carácter moral depende de su conformidad con la ley moral a la que, como cualquier otro comportamiento humano, debe someterse.”<sup>9</sup>

Esta interpretación relativista y electoral de la democracia, a su vez, se vincula con una visión positivista de la ley, en tanto que el principio de la mayoría sirve también como fundamento de la justicia. Según esta comprensión del origen de la ley no cabe la pregunta de si existen actos que nunca pueden ser legalizados por ser siempre contrarios a la justicia o si hay asuntos que la ley siempre debe proteger—por ejemplo ciertos derechos individuales inalienables—, independientemente de la voluntad mayoritaria. Por el contrario, se considera legal cualquier cosa que un órgano competente del Estado defina como tal, de acuerdo con los procedimientos formalmente establecidos. Este positivismo estricto, basado en la absolutización del principio de la mayoría, invariablemente conduce al nihilismo. La verdad no es el resultado del veredicto de la mayoría sino es anterior a la política, pues la ilumina. No es la praxis democrática lo que crea la verdad sino la verdad lo que hace esta praxis posible.<sup>10</sup> Una

---

<sup>9</sup> Juan Pablo II, *Evangelium Vitae*, nro. 70.

<sup>10</sup> Ratzinger, *Values*, op.cit., 50-57.

constitución política se construye sobre la existencia de convicciones éticas que no son parte de la ley, que a veces incluso no pueden incluirse en la ley, pero que son, en sí mismas, la propia condición de posibilidad de toda ley. Con el positivismo legal sucede algo similar a la situación descrita respecto de la tolerancia. No hay problema con aceptar la legalidad de los actos que emanan de autoridades legítimamente constituidas por elección popular mientras estas autoridades no utilicen su poder para legalizar actos contrarios a la razón. El problema de los fundamentos morales del derecho no se suscita hasta tanto no se utiliza la ley como instrumento de dominación o como recurso para pervertir la justicia. Llegado a este punto, es necesario reconsiderar el concepto de la soberanía popular pues, en efecto, existen derechos que ninguna mayoría tiene derecho a anular.

No deja de sorprender que aún sea necesario alertar sobre la necesidad de colocar límites a la soberanía popular. En el movimiento histórico que dio origen a las democracias modernas, siempre hubo conciencia de la importancia de prevenir la tiranía de las mayorías. Ello es el origen de los mecanismos constitucionales para garantizar el derecho de las minorías contemplados prácticamente en todos los sistemas constitucionales modernos, así como la práctica común de incluir en la Constitución un conjunto de derechos individuales inalienables, no sujetos al veredicto popular. En Venezuela, durante el período de democracia constitucional que terminó en 1999, se respetó el derecho de las minorías no solo a través del sistema de representación proporcional, sino también por intermedio de un número considerable de usos y prácticas que todos los participantes del proceso político comprendían debían preservarse. En aquellos años era simplemente inconcebible que el partido de gobierno utilizara su mayoría para impedir que los partidos de oposición, por ejemplo, presidieran la Cámara de Diputados, encabezaran la actividad contralora del Estado o estuvieran representados en condiciones de

igualdad en el consejo electoral. Hoy en día, el mito del poder ilimitado de la “mitad más uno” está tan generalizado en Venezuela, que pareciera como si nunca antes hubiera habido una experiencia distinta. Se invoca como verdad absoluta el poder ilimitado de la mayoría, ignorando toda la base doctrinaria que subyace la defensa de los derechos individuales y las garantías a las minorías en la tradición de las democracias constitucionales. Conviene entonces recordar algunos elementos básicos de esta doctrina, desarrollados hace ya más de dos siglos, cuando aún se procuraba dar forma a democracias que apenas nacían.

La totalidad de los ciudadanos—el pueblo—es soberana en el sentido de que ningún individuo o grupo puede atribuirse autoridad a menos de que le haya sido delegada. Esta afirmación, sin embargo, no significa que el pueblo, o aquellos en quienes ha delegado su autoridad, tienen soberanía sobre la totalidad de la existencia de los individuos. Hay una parte de la existencia humana que necesariamente permanece individual e independiente y, por derecho, excluida de toda competencia social. En el punto donde comienza la independencia de la existencia individual termina la jurisdicción de la soberanía popular. Si una sociedad atraviesa esta frontera y busca legitimar actos que nunca pueden ser justificados, es tan culpable como el déspota que sólo tiene la fuerza de la espada como título de autoridad.<sup>11</sup> Cuando una autoridad invade los derechos individuales, no importa la fuente de donde emana. Es irrelevante si se llama a sí misma “nación” o “dictador”.

En el mito de la soberanía popular absoluta suele pasarse por alto que tan pronto se hace necesario proceder a la organización práctica de la autoridad, que el pueblo no puede ejercer por sí misma, el poder tiene que delegarse a un grupo pequeño de personas. La separación de los poderes del Estado y los sistemas de pesos y contrapesos—*checks and balances*—no funcionan

---

<sup>11</sup> Sobre el tema del poder ilimitado de la mayoría, seguimos aquí los argumentos de Benjamin Constant, Principles of Politics Applicable to All Representative Governments en Political Writings, traducción y edición de Biancamaria Fontana (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), 175-183.

si el poder que transfiere el pueblo a este pequeño grupo de gobernantes es ilimitado. Los poderes gubernamentales pueden estar divididos, pero si el poder de las distintas ramas del Estado es ilimitado, sólo será necesaria una coalición y ya no habrá remedio al despotismo. Lo importante no es que los derechos individuales no puedan ser violados por un poder del Estado sin la aprobación de los otros, sino que la violación de tales derechos sea igualmente prohibida para cualquiera de los poderes del Estado, así actúen en conjunto. No es suficiente que el ejecutivo deba apelar a la autoridad del legislativo. Lo importante es que legislador no esté autorizado a legitimar una acción que excede su competencia. Importa poco que el poder ejecutivo no tenga el derecho de actuar por encima de la ley, si al mismo tiempo no se reconoce la existencia de ciertos asuntos que la ley no puede permitir.

Los ciudadanos poseen derechos individuales independientes de toda autoridad social o política, y cualquier autoridad que viole estos derechos se hace ilegítima. La soberanía del pueblo no es ilimitada pues está circunscrita a los límites establecidos por la justicia: la voluntad de todo un pueblo no puede hacer justo lo que es injusto por naturaleza. Los representantes de una nación no tienen derecho a hacer lo que tampoco corresponde al pueblo en su conjunto. La soberanía popular no puede delegar a nadie una autoridad que no le corresponde. Por tanto, ningún déspota, así se autodenomine “asamblea popular”, puede ejercer este derecho argumentado ser instrumento y voz de la voluntad soberana del pueblo.

Antes dijimos que la sustancia de la crisis política venezolana no está sólo en lo que la divide sino también, y quizá incluso hasta de manera principal, en aquellos puntos de encuentro en torno a los cuales la sociedad en su conjunto se ha venido congregado en estos últimos años. En este consenso emergente, la democracia no tiene fundamento alguno en la verdad y el destino de la nación y sus ciudadanos se somete al poder ilimitado de la mayoría. Ello significa, ni más

ni menos, que la nación ha decidido rechazar a la razón como sustrato de la política para optar más bien por la fuerza—la fuerza de los números—como el factor determinante para la cohesión social. En tales circunstancias, desde luego, todo esfuerzo de persuasión por alcanzar un consenso moral es inútil e innecesario, pues la política se reduce a procurar la fuerza necesaria para imponer las propias ideas. En sentido estricto, ya ni siquiera es propio hablar de una sociedad política sino de una situación de barbarie, en el sentido en el que Hobbes, por ejemplo, describe al estado de naturaleza: la existencia de toda persona sometida a la voluntad arbitraria del más fuerte.

## II

La constante invocación de la Constitución, argumentamos en la primera parte, refleja una fractura del consenso fundamental de la sociedad sobre los aspectos más esenciales de la existencia humana. En Venezuela, bajo el título de “Revolución Bolivariana”, alcanzó y se mantiene en el poder un grupo político con una comprensión distinta sobre la vida humana, el valor de la libertad, el sentido del bien común y el propio significado de la política. Todo esfuerzo de reconstrucción de la unidad nacional y, con ello, de restaurar la vida política propiamente dicha, requiere comprender la “antropología” que orienta a esta revolución, es decir, su comprensión de lo específicamente humano. Cometan un serio error quienes no ven en el lenguaje de esta revolución nada distinto a un conjunto de símbolos y mensajes demagógicos de un político astuto y particularmente hábil para mantenerse en el poder. El lenguaje de la revolución revela una forma política específica, *sui generis*, cuyos principales rasgos es necesario identificar. El intento de descifrar la realidad vital que subyace al mensaje de la revolución y los elementos que sintetizan sus propósitos políticos no es un ejercicio teórico vano

que puede dejarse a la discusión académica, pues bien puede ser el caso que estemos ante una comprensión de la realidad con la que simplemente no es posible la coexistencia.<sup>12</sup>

En el esfuerzo por caracterizar la naturaleza del régimen, se ha utilizado en el discurso político una variedad de términos, que van desde eufemismos como “gobierno con déficit democrático” o “autocracia competitiva” hasta los calificativos de “autoritarismo”, “dictadura”, “neo-dictadura”, “tiranía” y, con mayor frecuencia en los últimos tiempos, “totalitario”. El problema con los calificativos de autoritarismo o de dictadura y sus derivados es que tienden a oscurecer la esencia del poder político de la Revolución Bolivariana. Los regímenes autoritarios y dictatoriales no se apoyan en una doctrina comprensiva sobre todos los aspectos de la existencia humana. Se oponen, claro está, a los valores fundamentales de una democracia, y sus métodos de coerción son, casi siempre, extremadamente represivos. No aspiran, sin embargo, a regular todos los aspectos de la vida, revelar el sentido de la historia o conducir a la sociedad a un futuro de plenitud basado en un proyecto ideológico. Sus aspiraciones son mucho más limitadas. Generalmente, tratan de justificarse a sí mismas por razones de una emergencia—v.g. anarquía—que supone el uso indiscriminado de la fuerza para restablecer el orden. La esencia de su poder, por tanto, es efímera pues siempre está vinculada a una situación temporal de anormalidad. Incluso, recordemos, la “dictadura del proletariado” era concebida como una fase transitoria en un proceso de revolución que eventualmente conduciría a una situación de normalidad definitiva. Puede que una dictadura dure muchos años, pero siempre el dictador dirá que su presencia se ha extendido en el tiempo pues aún no ha logrado restablecer las condiciones necesarias para el ejercicio de la libertad. Casi siempre, desde luego, la motivación real del dictador es satisfacer sus propios intereses y vanidad de poder, que es el caso de la tiranía. Otras

---

<sup>12</sup> Ver Václav Havel, “The Power of the Powerless” en Open Letters, selección y edición de Paul Wilson (Nueva York, Vintage Books, 1991), 127-132

dictaduras buscan principalmente favorecer política, social y económicamente a familiares y amigos, en cuyo caso las llamamos satrapías o regímenes dictatoriales sultánicos.<sup>13</sup> Pero aún en estos casos, al dictador no le interesa ir más allá de lo requerido para satisfacer sus egoístas propósitos. Se asocia, por tanto, apropiadamente, la palabra dictadura con las nociones de criminal, cruel, inhumano, represor, arbitrario, corrompido y egoísta. En Venezuela, al igual que en la mayoría de los países latinoamericanos, la palabra “dictadura” evoca en la memoria colectiva una experiencia concreta asociada con estas palabras. Por ello, no es de extrañar que al venezolano común le sea difícil asociar el término “dictadura” con un régimen político cuyos postulados son la antítesis de lo que entienden—o recuerdan—por dictadura. La Revolución Bolivariana se presenta a sí misma como un movimiento (proceso) democrático de “liberación” para la redención “definitiva” de la sociedad en el tiempo, llamada a perdurar “para siempre”, apoyada estrictamente en la ley y siempre sujeta al veredicto de la soberanía popular. En particular, más aún, no resulta fácil acuñar el adjetivo “egoísta” a un régimen que no deja de proclamar su completa y “desinteresada” entrega a las necesidades más fundamentales del pueblo.

¿Qué decir del término “totalitario”? A diferencia de la palabra “dictadura”, este término no evoca una experiencia directa en la memoria colectiva del país sino una referencia histórica, más o menos vaga, vinculada con las imágenes del holocausto nazi o los gulags soviéticos. A esta dificultad se añade que una parte considerable del liderazgo político opositor ha rechazado deliberadamente la utilización de este término por considerarlo contraproducente o dañino a los esfuerzos de la lucha democrática. Desde luego, hay quienes también honestamente consideran inapropiada la aplicación absoluta del término, y prefieren por tanto hablar de “vocación

---

<sup>13</sup> Juan J. Linz ofrece una clasificación detallada de los tipos de autoritarismo en Totalitarian and Authoritarian Regimes (Londres: Lynne Rienner, 2000).



totalitaria” o “impulso totalitario”, con el objeto de advertir sobre la naturaleza potencial de una amenaza que, sin embargo, todavía no consideran completamente desplegada. En tales circunstancias, no deja de llamar la atención que, especialmente en los momentos críticos de mayor frustración e impotencia, el término “totalitario” empiece gradualmente a prevalecer, casi de manera espontánea.

En realidad, no es extraño que ello sea así. Apenas se advierte la manera como el régimen invade los poderes del Estado, absorbe todas las actividades de la sociedad, define el significado y sentido de la historia y acapara el mensaje subordinando al hombre a su proyecto revolucionario, no es fácil encontrar una palabra más exacta que el adjetivo “total”. De hecho fue así, de esta misma manera espontánea, la manera cómo históricamente surgió el término “totalitario”, una vez que la oposición a Mussolini encontró que con la palabra “dictadura” más bien halagaba un sistema político con vocación de totalidad.<sup>14</sup>

¿Será la realidad a la que apunta el término “totalitario” necesaria para comprender la contradicción en la que se desarrolla la vida política del país? ¿Será ésta la realidad que intuimos con el corazón pero que no alcanzamos a articular con claridad, y de allí nuestra incapacidad para afirmar la destrucción de la democracia no obstante la frecuente realización de elecciones y la aparente legalidad constitucional? Estas son preguntas que sistemáticamente hemos evadido en Venezuela por razones de diversa índole. Por supuesto que la Revolución Bolivariana tiene

---

<sup>14</sup> Por mucho tiempo se creyó que Mussolini fue el primero en utilizar el término “totalitario” para describir la vocación total de su proyecto político. Trabajos recientes de Jens Petersen demuestran que antes de Mussolini ya la oposición italiana venía utilizando este término pues encontraban insuficiente la categoría tradicional de “dictadura” para explicar la naturaleza sui generis del régimen fascista. El primero en utilizar el término fue el dirigente de la oposición italiana Giovanni Amendola el 12 de mayo de 1923. Su utilización se expandió a partir de la publicación en 1926 del libro *Italia y Fascismo* de Luigi Sturzo. Ver Jens Petersen, “The History of the Concept of Totalitarianism in Italy” en *Totalitarianism and Political Religion*, edición de Hans Maier (Nueva York: Routledge, 1996), 3-21.

diferencias notables con la Alemania de Hitler o la Unión Soviética de Stalin, y sería absurdo equiparar la realidad venezolana con el grado de terror y las masivas prácticas de exterminio característicos de dichos regímenes. Además, una categoría política nunca puede aplicarse de manera idéntica a realidades culturales e históricas distintas. La situación política venezolana tiene sus características propias, vinculadas con nuestra propia tradición, rasgos culturales y forma de ser. Sin embargo, tal y como advertía Aristóteles, también sería insensato exigir de una categoría política una exactitud necesariamente ajena a su naturaleza. La posible relevancia del término está en su capacidad de iluminar una realidad, de contribuir a dar cuenta de las motivaciones profundas que animan un proyecto político para así identificar sus rasgos esenciales. Al desechar *a priori* cualquier referencia al totalitarismo, ignoramos el esfuerzo de reflexión que ocupó a la filosofía política en el siglo XX precisamente para encontrar y describir la esencia de una nueva forma autocrática de gobierno que no podía ser explicada con los conceptos tradicionales de autoritarismo y dictadura y que, sobre todo, podía resurgir en cualquier lugar por estar particularmente vinculada con la crisis espiritual de la modernidad. Corresponde al juicio de la prudencia determinar si en nuestras condiciones particulares conviene o no utilizar el término “totalitario” como instrumento del combate político. Havel, por ejemplo, para su lucha política en Checoslovaquia, prefirió acuñar el término “neo-totalitario” para así admitir las diferencias de la situación particular de su país con aquella propia de los prototipos clásicos de los regímenes totalitarios en las experiencias alemana y soviética, pero también para subrayar las coincidencias de fondo entre ambas realidades en cuanto a la comprensión de lo humano y la política. La selección de cuál término utilizar, reiteramos, es un problema de orden táctico pues, en definitiva, lo importante es la capacidad de una palabra para transmitir una realidad. Más allá de la palabra, la pregunta es si la teoría desarrollada por quienes tuvieron

experiencia directa con regímenes totalitarios contribuye a comprender con mayor claridad nuestra propia situación. Esta es la cuestión de fondo que nos equivocamos en eludir. En definitiva, la teoría sobre el totalitarismo explora el fenómeno de rebeldía radical frente a la comprensión tradicional de la relación entre el hombre y la política en la civilización occidental, uno de cuyos postulados fundamentales es que la política, desde el punto de vista de sus fines, está siempre limitada por el hecho de que nunca puede ofrecer todo cuanto el ser humano necesita para alcanzar su plenitud. Corresponde a la política, de acuerdo con esta tradición, propiciar las condiciones de justicia, solidaridad y bienestar material necesarias para la vida humana. Sin embargo, aún cuando sea extremadamente efectivo en el logro de estos propósitos, nunca puede alcanzar el núcleo íntimo de la vida interior del ser humano, allí donde en definitiva cada persona encuentra el valor y sentido de la propia vida. Más allá de lo que la política puede y debe proporcionar, corresponde a cada ser humano buscar su plenitud a la luz de su conciencia, en una vida de virtud, en la entrega y servicio a otros, en la generosidad, en la vida familiar, en el cumplimiento responsable de las obligaciones, en su relación con Dios, en fin, en el conjunto de opciones vitales inscritas en la vocación humana. En la respuesta libre a esta vocación encuentra o no el ser humano su plenitud. La política, por tanto, no nos hace felices. Su noble tarea consiste en desarrollar y preservar las condiciones propicias para un auténtico desarrollo de la vida humana. Pero aún el ser humano puede, en virtud de la naturaleza propia de su vocación, encontrar la plenitud sobreponiéndose a las circunstancias más adversas de iniquidad, egoísmo y pobreza material. No es la política el ámbito decisivo en el que la persona encuentra el sentido de su vida. No le corresponde a la política hacernos felices pues su campo de acción está delimitado por la propia naturaleza humana.

En su sentido más primigenio, la rebeldía totalitaria consiste en reclamar y exigir lo total para la política, en rechazo de cualquier comprensión que suponga límite alguno, particularmente de acuerdo con aquello en la tradición occidental cristiana de que al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Las formas concretas de aplicar esta manera ilimitada de entender la política varían de acuerdo con las circunstancias históricas, pero en definitiva las diversas manifestaciones de lo total confluyen en esta desmedida aspiración de redimir al hombre a través de la política, tal y como lo explican desde diversas perspectivas, pero con una escalofriante unidad, quienes tuvieron la desgracia de vivir bajo regímenes totalitarios. A la descripción de las manifestaciones de lo total en la literatura relevante dedicamos la siguiente sección, no sin antes, sin embargo, citar en extenso un conjunto de párrafos del filósofo Karl Jaspers, particularmente apropiados para reconocer tanto la pertinencia como la gravedad del asunto que nos ocupa:

Yo no creo que hoy exista país alguno que esté inmune a contribuir al nacimiento de este mal [totalitario], aunque por otros caminos y en un espíritu diferente. En todo el mundo temo que existe la misma auto-negación que nosotros experimentamos: que esto no podía pasar aquí. Esto puede suceder en cualquier parte. Sólo es improbable cuando las grandes masas de la población están conscientes de esta posible amenaza y por tanto no pueden ser engañadas con promesas de una seguridad futura. Esto no es posible cuando la gente conoce la naturaleza del totalitarismo y es capaz de reconocerlo en sus etapas rudimentarias y en cada una de sus manifestaciones. Se trata, como Proteo, de un personaje que aparece cada vez con una nueva máscara, que se desliza fuera de nuestro alcance como una lombriz, que hace lo contrario de lo que dice, que distorsiona el significado de las palabras, que no habla para comunicar o decir la verdad sino para anestesiar, distraer, hipnotizar, intimidar, embrutecer—que explota y evoca todo miedo, que promete seguridad y brutalmente la destruye al mismo tiempo . . .

[El totalitarismo] no pide vínculos sino una obediencia total . . . Introduce un nuevo concepto de verdad—la línea del partido—y exige una fe ciega en el derecho absoluto de los líderes... Justifica cualquier cosa que ocurra llamando blanco a lo que es negro y A a la Z. Sus argumentos son sólo imaginarios pero, de hecho, no hay discusión. Se proclaman magníficos principios generales. Pero si estos principios no se conforman con la realidad concreta hay silencio. La atención se distrae entonces con la misma habilidad de un prestidigitador. Los totalitaristas no responden, no pueden ser conminados, hablan de otras cosas en lugar de responder. Recurren a cualquier gesto, a

veces para aparentar sobriedad, a veces para exhibir mucha pasión. Su tono de voz sugiere que cualquiera que no concuerde con ellos debe ser estúpido o vicioso...

Una vez que se prepara el terreno, el régimen totalitario se presenta cada vez de manera distinta—a veces de un día para otro, otras veces paso a paso, por desvíos, esquivando todas las fuerzas defensivas. El poder de control total puede hacer una aparición repentina. A través de medios formalmente legales, [el líder totalitario], con el apoyo delirante de masas atemorizadas, puede por la vía del decreto abrogar las leyes, o puede llegar a controlar las policías locales y transformarlas a toda velocidad en un poder omnímodo. (Es por esto que cualquier fuerza policial centralizada, a diferencia de fuerzas locales limitadas, es tan peligrosa). ... Una vez que esto sucede la situación es irrevocable. ... En este punto, ya no hay nada más que ayude. El rompimiento es total. Un poder capaz de transformar toda existencia, penetrar cada hogar, y dejar nada sin tocar, distingue la vida bajo una dictadura totalitaria de una vida en libertad política...

En el mundo de hoy está más claro—aunque todavía muy lejos de estar suficientemente claro—lo que el totalitarismo es y que cuando aparece, en el lugar que sea, y de la forma que sea, es como un virus de una enfermedad perniciosa que crece de forma salvaje y que consume a cualquiera que lo contrae. No se puede trabajar con él, no puede ser utilizado como una herramienta, no puede ser circunscrito a límites...

¿Cómo entonces debe librarse la lucha? Mientras esta máquina demoníaca aparezca sin llegar a dominar todo por completo, debe hacerse visible para todo el mundo. ... Siempre aparece bajo el manto de un mártir para alcanzar una mejor verdad. Se apoya sobre los medios del mundo libre para distorsionarlos y destruirlos. (“Los he derrotado con su propia locura”, decía triunfante Hitler). Para hacerlo inofensivo, como una epidemia que es detectada y confinada desde el principio, la población tendrá que comprender el totalitarismo en sus rudimentos. Pero no nos engañemos. Incluso los estadistas del mundo están muy lejos de percibir la situación en todo momento—por la falta de escrúpulos del líder totalitario, que es muy superior a una mera duplicidad astuta; por aquella capacidad de olfato de su instinto infalible de poder; por su habilidad para cambiar el lenguaje y los argumentos a voluntad, dependiendo de la audiencia y de la situación; finalmente por sus súbitos e inesperados actos de represión...

Claridad acerca de la naturaleza del totalitarismo es entonces nuestra mejor arma, si logramos expandirla a toda la población. La indignación, la violencia, y el abuso no son buenas armas. El totalitarismo se desvanece en el aire puro de una clara visión. Pero una visión así debe ser descubierta....

Esperemos que esta lucha [por preservar la libertad y sus posibilidades] se realice con una clara visión y una aguda inteligencia en las situaciones concretas.<sup>15</sup>

### III

---

<sup>15</sup> Karl Jaspers, “The Fight against Totalitarianism” en *Philosophy and the World – Selected Essays*. (Washington D.C.: Gateway Editions, 1963), 68-87.

La **perspectiva milenaria** de la política es la coordenada fundamental a la que convergen todas las teorías sobre el totalitarismo.<sup>16</sup> De acuerdo con esta perspectiva, el poder no se ejerce para mejorar éste o aquél aspecto de la sociedad, avanzar gradualmente en el camino de la justicia y el bienestar, o atender las necesidades más urgentes. El espíritu totalitario apunta a mucho más que eso, pues rechaza toda noción que suponga cualquier tipo de límite al potencial transformador de la política. El fin de la política desde una perspectiva total es lograr el estado de felicidad completa, de perfecta justicia y solidaridad. Cualquier imperfección es simplemente inaceptable. La política debe ser capaz de dar al hombre todo lo que necesita para su plenitud. Este es el sustrato de lo que los revolucionarios animados por el espíritu totalitario llaman “utopía posible”: ¿Por qué aceptar—se preguntan—que la política no sea capaz de lograr la felicidad completa para el ser humano? ¿Por qué fijar límites a lo político, cuando de lo que se trata es de transformar la sociedad para así erradicar las injusticias y llevar a los pueblos, de manera definitiva, a un futuro pleno de bienestar? En el fondo, el espíritu totalitario se rebela contra la agonía que acompaña la imperfección a la que siempre está sujeta la existencia humana. Todo, en definitiva, debe subordinarse al deber de la política de hacernos felices.<sup>17</sup>

Hablamos de **mesianismo político** como rasgo distintivo del espíritu totalitario pues se postula una situación de armonía perfecta a la cual el ser humano está irresistiblemente dirigido ahora que un movimiento político asume la responsabilidad de **redimir al hombre** de la raíz del mal en las fuerzas de la historia. Lo político, por tanto, se erige en el único y verdadero plano de

---

<sup>16</sup> Sobre la perspectiva milenaria en el espíritu totalitario, ver J.L. Talmon, The Origins of Totalitarian Democracy (Londres: Westview Press, 1985); Political Messianism (Nueva York: Frederick A. Praeger, 1968); The Myth of the Nation and the Vision of Revolution (Londres: Secker & Warburg, 1980). También James H. Billington, Fire in the Minds of Men – Origins of the Revolutionary Faith (Nueva Brunswick: Transaction Publishers, 2005).

<sup>17</sup> Para consultar la definición de la política y los fundamentos del concepto de utopía posible en los primeros documentos de la Revolución Bolivariana, ver Alberto Garrido, Documentos de la Revolución Bolivariana (Caracas: Ediciones del autor, 2002).

la realidad pues ahora abarca la totalidad de la existencia humana. La política se redefine como el arte de aplicar esta filosofía de redención en la organización de la sociedad, y su objetivo sólo se cumple cuando esta filosofía logra orientar y dirigir todos los aspectos de la vida. A la luz de este enorme propósito, la lucha revolucionaria en el espíritu totalitario no puede sujetarse a una estructura pre-existente de leyes e instituciones. Como garantes de la posteridad y en virtud de su misión redentora, no puede haber sino obediencia al ideal revolucionario y al propósito firme de erradicar el mal. Sus métodos de acción, incluso si suponen destrucción o violencia, podrán justificarse con base en la propia naturaleza del mal que se enfrenta. Con su perspectiva mesiánica, el mensaje totalitario vulnera con crueldad lo más íntimo del ser humano, pues en definitiva juega con la esperanza en la redención.

La siguiente coordenada básica del totalitarismo se deriva de la primera. Los males particulares que existen en una sociedad no son el verdadero problema. El espíritu totalitario se rebela contra el mal en sí mismo, por lo cual entiende que corresponde a la política identificar, combatir, destruir y erradicar el gran mal que subyace a todos los males particulares. La verdadera política, en consecuencia, consiste en una lucha colosal y definitiva contra el mal de todos los males. A través de la política, el ser humano puede ser redimido, liberado de esta estructura básica del mal. La lucha revolucionaria, de acuerdo con la **coordenada escatológica** del espíritu totalitario, no es simplemente una transformación radical en la historia de un país, sino la propia culminación de su historia. Se trata de la batalla decisiva que resultará en un desenlace final.<sup>18</sup> En la escatología del espíritu totalitario, todo tiempo anterior fue simplemente preparatorio a este momento de conversión radical, en el que al fin se ha llegado a vislumbrar la

---

<sup>18</sup> Sobre la coordenada escatológica en el espíritu totalitario, ver Waldemar Gurian, "Totalitarian Religions" en The Review of Politics, Vol. 14, Nro. 1 (Enero, 1952), 3-14; Hans Maier, "Concepts for the Comparison of Dictatorships: 'Totalitarianism' and 'Political Religions' " en Totalitarianism and Political Religion, edición de Hans Maier (Nueva York: Routledge, 1996), 199-215; Eric Voegelin, Science, Politics and Gnosticism (Washington D.C.: Regnery Gateway, 1968).

plenitud de los tiempos y frente al cual ya no puede haber marcha atrás. Puede ser que el régimen totalitario admita la necesidad de unas etapas preparatorias de transición, pero siempre como antesala a un eventual reino feliz de los tiempos finales.

Este es el verdadero sentido de la lucha revolucionaria en un proceso totalitario. La revolución totalitaria es el momento de quiebre en la historia. Es la etapa de la conversión para la transición entre el mal y el bien. Desde el propio seno de la historia surge con la revolución una redención total y definitiva que divide al tiempo en dos: un pasado sombrío y un futuro glorioso, la transición desde un reino de maldad hacia un reino de plenitud.<sup>19</sup> Este futuro sólo será posible si la conversión lo abarca todo, para lo cual todo vestigio del pasado que permitía al mal prevalecer debe ser absolutamente aniquilado. La revolución, por tanto, debe destruir para que la conversión del mal al bien pueda ser completa y radical. De allí el lenguaje de batalla que siempre acompaña al mensaje totalitario. La nación completa es un gran ejército en esta apocalíptica confrontación. Como se trata de una guerra, la política se desarrolla desde una perspectiva militar y los hechos de la historia se describen en términos de tácticas, contraataques, movimientos estratégicos, victorias pírricas, batallas decisivas, etc.<sup>20</sup> Los ciudadanos son soldados políticos, miembros de batallones. En esta situación de constante belicismo existencial, cualquier ámbito de actividad de la sociedad es propicio para la lucha revolucionaria. Hasta las actividades más ordinarias de la vida cotidiana, incluso las más insignificantes, deben enfocarse desde la perspectiva de esta inmensa lucha. La batalla es de tal magnitud que exige la **movilización total** de todos los recursos de la nación.<sup>21</sup> Sólo así se logra la unidad esencial

---

<sup>19</sup> Esta es la expresión que Maritain cita de Beryaev en The Collected Works of Jacques Maritain, Vol. 11, edición de Otto Bird, Integral Humanism (Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, 1996), 185.

<sup>20</sup> Sigmund Neumann, "The Rule of the Demagogue" en American Sociological Review, Vol. 3, Nro. 4 (Agosto, 1938), 491

<sup>21</sup> Sobre el sentido de la lucha revolucionaria y el concepto de movilización total ver Kamaludin Gadshiev, "Totalitarianism as a Twentieth-Century Phenomenon" en Totalitarianism and Political Religion, edición de Hans



decisiva para el triunfo. Progresivamente, todos los grupos intermedios son absorbidos en esta gigantesca tarea del régimen por construir el porvenir. El Estado se convierte en la única referencia para el individuo.

La lucha revolucionaria tiene sentido y puede hablarse de una utopía posible pues la injusticia, desde la perspectiva totalitaria, se debe a que el mundo está intrínsecamente mal estructurado. La erradicación del mal, por tanto, está al alcance del ser humano siempre y cuando sea capaz de reconocer la raíz del problema en las estructuras actuales de la sociedad. Esta es la **coordinada gnóstica** del espíritu totalitario.<sup>22</sup> El líder totalitario conoce—tiene *gnosis*—del mal que subyace a todos los males y del método necesario para transformar las estructuras y erradicar el mal a través de la política. El líder totalitario ha descubierto la clave o el secreto de la transformación necesaria, pues ha logrado reconocer la verdadera raíz de todos los problemas. En el totalitarismo marxista, por ejemplo, toda la historia de la humanidad puede ser descifrada desde la perspectiva de la lucha de clases. Otros enfoques totalitarios encuentran la clave en “la raza”, el “egoísmo capitalista” o el “imperialismo yanqui”. Por tanto, basta una victoria napoleónica contra el gran mal para que todos los males derivados se resuelvan por añadidura. Este gran mal se destruye desde la política a través del re-ordenamiento de las estructuras de la sociedad de acuerdo con la fórmula de interpretación de la historia de la doctrina totalitaria. Al líder mesiánico, por tanto, en virtud de su conocimiento de la clave del mal, le corresponde la misión del **profeta**. Él es el camino a un futuro de redención y plenitud pues posee la fórmula necesaria—y la determinación—para vencer el mal.

Lo fundamental del elemento gnóstico en el espíritu totalitario es que el acto de salvación corresponde exclusivamente al ámbito de la acción humana. El propósito gnóstico consiste en

---

Maier (Nueva York: Routledge, 1996), 293-311; Hans Barth, “Reality and Ideology of the Totalitarian State” en The Review of Politics, Vol. 1, Nro. 3 (Julio, 1939), 275-306.

<sup>22</sup> Sobre la coordinada gnóstica en el espíritu totalitario, ver Voegelin, Science, Politics and Gnosticism, op. cit.

destruir el orden creado de la existencia, que se experimenta como intrínsecamente defectuoso e injusto, para sustituirlo por un orden justo y perfecto a través del poder creador del hombre.

Desde luego, esta fe ilimitada en el poder transformador de la política supone eliminar cualquier noción de un orden trascendente como fundamento de la realidad creada. Cualquier idea de un Dios trascendente debe ser rechazada pues impide al hombre asumir y hacerse cargo de su propia existencia. Esta actitud es la manifestación extrema de la ambición de poder—*libido dominandi*—pues detrás de la dimensión gnóstica del espíritu totalitario se esconde una pasión desmedida por querer controlar la realidad en lugar de someterse a ella. Camus describe esta situación existencial como una “rebelión metafísica” contra la condición de creatura del ser humano. El rebelde no acepta la idea de aceptar límites a la acción humana pues rechaza una estructura de la existencia que el hombre no crea sino a la que debe conformarse si ha de actuar de manera humana.<sup>23</sup>

La siguiente coordenada del espíritu totalitario nos descubre **el lenguaje de los elegidos**. La conversión supone un reconocimiento absoluto del bien y una firme negación del mal. Sólo el que ha tenido la conversión revolucionaria es capaz de ver el bien. Quien no comparte esta visión, simplemente se mantiene en el mal. La revolución que divide la historia en dos también separa los pueblos: existe la ciudad de los elegidos y la ciudad de los perversos. Las personas que apoyan la revolución son los elegidos. Incluso si cometen actos evidentemente perversos, sus acciones se explican en términos de esa realidad ulterior que todavía pocos son capaces de ver con claridad. En la ciudad de los perversos permanecen todos aquellos negados a ver la verdad revolucionaria. Algo tan evidentemente verdadero como la visión revolucionaria no puede ser objetado por una persona de bien. Por tanto, siempre se puede explicar la actitud de un opositor

---

<sup>23</sup> Albert Camus, *The Rebel* (Nueva York: Vintage Books, 1991); Sobre la situación de rebeldía existencial en el espíritu totalitario, ver también Dante Germino, “Italian Fascism in the History of Political Thought” en *Midwest Journal of Political Science*, Vol. 8, Nro. 2 (Mayo, 1964), 109-126.

en términos de algún objetivo vil que anima sus actuaciones. De allí la necesidad de degradarlos en su condición de seres humanos y tratarles con desprecio. Como personas de mal, no son otra cosa sino golpistas, fascistas, terroristas, cobardes, apátridas, corruptos, mentirosos, basura. Mientras el poder del bien apoya al ideario totalitario sin reservas, las fuerzas demoníacas se mantienen siempre preparando algún plan perverso para aniquilarlo. Los elegidos sueñan un futuro de grandeza y bienestar para su pueblo. Los perversos sólo conspiran para imponer su maldad. Esta pasión por la unanimidad alimenta el fervor **pseudo-religioso** de los movimientos totalitarios.<sup>24</sup> Quienes disienten del ideario totalitario son culpables de una ofensa terrible pues son los obstáculos en el camino hacia la plenitud. El perverso debe ser transformado, y si no removido, pues no existe espacio para él en el nuevo mundo que el líder mesiánico se ha dispuesto construir. Puede que sea necesario, por cuestiones de realismo táctico, distinguir diversos matices en la ciudad de los perversos. Muchos pertenecen a la ciudad de los perversos pero no por convicción sino porque han sido confundidos y manipulados. Débiles de espíritu, no han sido capaces de resistir el mensaje del mal. En la ciudad de los perversos, entonces, hay gente simplemente mala, pero también gente manipulada. Cualquier posibilidad de rescatar a los confundidos para atraerlos a la visión del bien supone restringir y, en definitiva, cortar con los canales que los perversos utilizan para confundir y distorsionar la realidad. Estos canales son, principalmente, la familia, la Iglesia, la educación privada y los medios de comunicación social.

La convicción de poseer la verdadera y única doctrina para la redención explica la actitud soberbia y prepotente de los revolucionarios de espíritu totalitario. Simplemente no aceptan la existencia de otras doctrinas o grupos con el derecho de mantenerse independientes, con una dignidad y validez propias. Si por razones tácticas toleran su presencia por un tiempo

---

<sup>24</sup> Ver Carl J. Friedrich, "The Deification of the State" en The Review of Politics, Vol. 1, Nro. 1 (Enero, 1939), 18-30; Gurian, Totalitarian Religions, op. cit.

determinado, mantienen siempre el propósito de lograr eventualmente la **unanimidad** en torno a la verdad revolucionaria. Un objetivo primordial es avanzar hacia una sociedad del futuro en la que todos los elegidos puedan regocijarse en el **pensamiento único** de su líder redentor.

Mucho esfuerzo se coloca en comprender el contenido específico de una ideología totalitaria. Sin embargo, son vanos los esfuerzos por entender el significado del camino hacia la sociedad perfecta como también las características específicas que tendría dicha sociedad futura. Más allá de afirmaciones vagas, no es posible comprender lo que significaría, por ejemplo, el reino de la igualdad en una sociedad sin clases o la justicia y la solidaridad en un socialismo del siglo XXI. Este punto es fundamental pues el mensaje totalitario se presenta siempre como un ideario de esperanza para la construcción de un nuevo orden, cuando en realidad no es otra cosa que un movimiento de **destrucción nihilista**.<sup>25</sup> La verdadera esencia de un movimiento totalitario no está en su filosofía o doctrina, sino en su dinámica como “proceso” de destrucción. No existe una ideología clara sino sólo la firme determinación de destruir todo orden pre-existente. Los procesos totalitarios son movimientos de destrucción permanente. Se mantiene el vigor del sueño totalitario, a pesar de carecer de contenido concreto, pues el proceso de destrucción se mantiene a toda costa: “puede que aún no hayamos llegado al bien, pero vamos en camino pues estamos destruyendo el mal.” De allí que el líder totalitario siempre necesita algún conflicto, alguna amenaza, algo que sea necesario destruir para mantener la dinámica de movimiento del proceso. Esto es lo que realmente da vida al proceso revolucionario. La calma, la armonía o la estabilidad son enemigos mortales para la vitalidad del proceso, pues no son otra cosa sino señales de debilidad o falta de convicción en el fervor revolucionario. El líder

---

<sup>25</sup> Esta coordenada la desarrolla con gran agudeza Hermann Rauschning, The Revolution of Nihilism (Nueva York: Longmans, Green & Co., 1939). Ver también Gerhart Niemeyer, “Lenin and the Total Critique of Society: A Study in Ideological Activism” en The Review of Politics, Vol. 26, Nro. 4 (Octubre, 1964), 473-504.

totalitario, por tanto, sabe que debe mantener el entusiasmo con frases incendiarias y que nunca puede dejar de alertar sobre las graves amenazas al proceso, las tormentas que se avecinan, las conspiraciones magnificadas, los enemigos que se reagrupan y la necesidad permanente de reanimar el espíritu de batalla para nunca dar cuartel a las fuerzas del mal. Siempre debe apelar a la vocación heroica del pueblo. Mientras más inconsistente e irracional el mensaje mejor, pues el objeto del discurso es mantener el instinto combativo de las masas, para así justificar una nueva fase de destrucción. Resulta, pues, totalmente inútil participar en discusiones sobre el contenido concreto de una doctrina totalitaria. También es una ilusión esperar que alguna vez concluya el “proceso”. Como revolución permanente, se trata de una “acción pura y simple, una dinámica en el vacío, una revolución a tiempo variable”. Su ‘filosofía’ es “aprovechar cualquier oportunidad para aumentar el propio poder del movimiento, para así agregar más elementos bajo su dominio.”<sup>26</sup> Los procesos totalitarios, entonces, son revoluciones sin un cuerpo coherente de principios. Son movimientos cuya vitalidad se mantiene mientras son capaces de generar entusiasmo en la destrucción. Es la negación y la ausencia de toda afirmación positiva, su voluntad por des-hacer, lo que determina la dimensión nihilista en el espíritu totalitario. Y, de manera paradójica, “esta carencia de principios es uno de los principales secretos de su efectividad: una **revolución permanente**, imposible de llevarla a un fin.”<sup>27</sup>

Este vacío de contenido concreto permite comprender las razones por las cuales resulta impreciso hablar de “ideología” totalitaria, y que más bien deba utilizarse la palabra “mito”, en el sentido desarrollado por Sorel. A diferencia de una ideología, el mito según Sorel no es una descripción de una futura sociedad perfecta sino el llamado a una batalla decisiva. El valor del mito no está en su coherencia racional sino en la fuerza de inspiración que logra generar en un

---

<sup>26</sup> Rauschning, op. cit., 23.

<sup>27</sup> Ibid., 51

grupo determinado de la población. Sólo el mito permite al grupo mantener su solidaridad, el sentido heroico de su lucha y la disposición al sacrificio. La función del mito es generar un estado de conciencia que espera y se prepara para la destrucción del orden existente, aún cuando no tenga una visión alternativa. El mito, a diferencia de la ideología utópica, es eminentemente negativo, pues consiste en transformar la realidad destruyéndola de manera radical. Como no tiene un plan determinado, el mito no puede ser criticado. Simplemente, se justifica a sí mismo por la evidencia del mal presente: aún cuando no se sepa cuál será el orden que emergerá, lo que sí resulta claro es que el sufrimiento actual no puede continuar. La aceptación del mito, por tanto, no exige un acto intelectual sino una disposición anímica a participar vital y heroicamente en la acción destructiva del presente.<sup>28</sup> La “verdad” del mito no depende de lo que proclama y promete sino de la respuesta profunda, instintiva que logra evocar en la población. De allí que en lugar de textos y argumentos, los movimientos totalitarios se apoyan en símbolos para transmitir su contenido: un puño cerrado, el gesto de golpear, consignas cortas, etc. Para ser efectivo y mover a través del símbolo, el mito apela a los instintos profundos del pueblo, a sus tradiciones, emociones, odios, temores y esperanzas. Siempre dirigido contra algún enemigo (v.g. judíos, capitalistas, imperialistas), el mito apela al nacionalismo y a los símbolos de la historia, cuyo verdadero significado sólo el líder mesiánico encarna. El **mito totalitario**, entonces, se transforma en el verdadero sentido histórico de la patria. No es posible distinguir entre la patria y la revolución. Quienes no comparten el mito no son sólo perversos sino traidores sin patria.

---

<sup>28</sup> Georges Sorel, Reflections on Violence, traducción inglesa T.E. Hulme (Nueva York: Peter Smith, 1941). Sobre el concepto de mito desarrollado por Sorel, ver Leszek Kolakowski, Main Currents of Marxism (Nueva York: W.W. Norton & Company, 2005), 475-496. También Yves R. Simon, Freedom and Community (Nueva York: Fordham University Press, 1968).

Estrechamente vinculado con el mito totalitario está la voluntad de canalizar por las vías del antagonismo político el fenómeno psicológico del **resentimiento**. Un componente fundamental del mensaje totalitario es la constante evocación de una humillación, de manera que el pueblo permanentemente la reviva, vuelva a sentirla, la re-sienta, hasta que configure la personalidad de manera tan profunda que se vierta en emociones hostiles, vengativas y rencorosas. Conviene seguir detenidamente las etapas del resentimiento social que García Pelayo describe en su lúcido estudio de la obra de Max Scheler sobre el resentimiento:

- a. En el primer estadio todavía se reconocen los valores, o, por lo menos, no se les pone en cuestión, pero *se rebajan engañosamente las cualidades de su portador* y se niega su posesión por la persona, el estrato social o la institución objeto del resentimiento. El instrumento capital de este estadio es la **calumnia**...
- b. La segunda etapa se caracteriza por la ceguera ante los valores no poseídos, o poseídos por el adversario; es decir, *se despoja de todo valor a las cualidades reconocidas antes como valiosas*, o sea, que la **actitud negativa hacia el portador del valor se transforma ahora en negadora del valor mismo**. Valor es ahora lo que se puede realizar desde la propia existencia...
- c. La tercera etapa es la que *el resentimiento se hace creador* y engendra o restaura valores (según los casos). **Lo negativo se transforma en afirmativo**... A partir de este momento se desarrolla un proceso cuyos momentos capitales ... son los siguientes:
  - i) Se acapara la virtud a favor de un ideal y se hace del ideal antagónico la oposición de todo ideal...[S]i se trata de algo revolucionario, *lo virtuoso es lo nuevo*, lo revolucionario; *lo corrompido es lo antiguo*, lo conservador ...
  - ii) *El ideal particular* generado o remozado por el resentimiento *se eleva a medida absoluta y general*; a una esencia que está detrás de las cosas y de su destino y a la que se llama, según los casos, Dios, naturaleza, humanidad, pueblo, ley histórica, etc., con la consecuencia de que todo lo que se le oponga es contradictorio con el verdadero ser de las cosas...
  - iii) Los adversarios al ideal son los adversarios a las grandes esencias con las que se identifican; son los enemigos de Dios, de la patria, de la clase, etc. Sólo el grupo que se ha identificado con el gran ideal tiene derecho al poder, a distinguir lo bueno de lo malo, lo legítimo de lo ilegítimo, etc. Todos los demás son contradictorios con el ideal.
  - iv) Todo sufrimiento, toda injusticia, toda miseria, todo obstáculo, deriva, bien de los grupos o instituciones que representan la oposición al ideal ... o que la representan todavía, bien de las personas o grupos que, siendo sus partidarios de primera hora, han “traicionado” al ideal. En consecuencia, a los que

antes estaban en la cumbre del poder y representaban la legitimidad y la legalidad se les transforma ahora en criminales...

v) La victoria del nuevo ideal y de las fuerzas que lo encarnan es la victoria de la verdad, de los puros, de los buenos, de los mejores, y se lo proyecta hacia el porvenir como el fin último al que tiende la historia y le da sentido.<sup>29</sup>

En el centro de un proceso totalitario se alza la figura del **líder mesiánico**, a quien corresponde la salvación de la patria.<sup>30</sup> Su autoridad no proviene del Estado o de las leyes sino de la “voluntad unida del pueblo” y del histórico deber que Dios, la Providencia, la Historia o el Destino le han confiado. Por tanto, puede actuar a través de las instituciones o no hacerlo, respetar una ley o pasar por encima de ella. En definitiva, el líder mesiánico, tras ser elegido o designado por aclamación, adquiere la clase de autoridad suprema que no puede ser desafiada bajo ninguna circunstancia, ni siquiera por razones legales, porque el líder totalitario está convencido no sólo que encarna la voluntad del pueblo sino que además es el instrumento “elegido” de fuerzas supra-históricas. De allí que, con frecuencia, el líder totalitario considera su deber actuar en nombre de la “historia” o del “interés supremo del pueblo”. La voluntad del pueblo sólo se manifiesta plenamente en su persona. Sólo él, a la manera del gran legislador de Rousseau, puede distinguir entre la voluntad de la mayoría y la voluntad general en virtud de su identidad mística con el pueblo. La voluntad de la mayoría puede en algunos momentos equivocarse, perder el camino, dejarse engañar. Por ello, ninguna encuesta o elección puede reflejar la verdadera voluntad general, pues esta voluntad sólo encuentra su verdadera voz en la palabra y visión del líder.

---

<sup>29</sup> Manuel García Pelayo, “Notas sobre el Resentimiento en su Dimensión Psico-Política,” en Max Scheler, Sobre el Resentimiento (Caracas: Fundación Manuel García Pelayo, 2004), 17-20 (cursivas y negrillas en original).

<sup>30</sup> Sobre las características del líder mesiánico en el espíritu totalitario, ver Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski, Totalitarian Dictatorship and Autocracy (Nueva York: Frederick A. Praeger, 1956); Leonard Schapiro, El Totalitarismo (Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1981); Richard Overy, The Dictators – Hitler’s Germany, Stalin’s Russia (Nueva York: W.W. Norton & Company, 2004); Denis de Rougemont, “Passion and the Origin of Hitlerism” en The Review of Politics, Vol. 3, Nro. 1 (Enero, 1941), 65-82; Neumann, op. cit.



El líder mesiánico está fanáticamente convencido de su misión como salvador de la patria y nunca, por tanto, se tortura con crisis de escepticismo o confianza en su propia capacidad para desempeñar su enorme responsabilidad.<sup>31</sup> La fe y seguridad del líder en sí mismo simplemente abrumba a la gente, especialmente en una época histórica llena de incertidumbre y sedienta de autenticidad. El líder mesiánico no considera necesario dar cuenta de sus acciones al pueblo o a las instituciones pues sólo es responsable ante la patria y la historia, que son sus verdaderos tribunales. El líder mesiánico, por tanto, es inmune a cualquier crítica pues está más allá de los hombres. Dada su magna tarea, resulta necesario establecer la línea de sucesión hereditaria con los grandes nombres de la historia, de manera que a él también pueda corresponder el título de profeta de su siglo.<sup>32</sup>

Al mismo tiempo, por supuesto, la misión del líder mesiánico es tan elevada que no puede ocuparse de las cuestiones concretas de gobierno. El líder totalitario trabaja para el porvenir, para los siglos venideros pues su principal misión es erradicar el mal y establecer el reino del bien. No es su responsabilidad atender cuestiones tan rupestres como la salud pública, el abastecimiento de alimentos o la seguridad de sus ciudadanos. Por ello, reclama a sus subalternos por la labor incumplida como si no tuviera él mismo responsabilidad alguna. Les reclama en nombre del pueblo y como voz del pueblo. A veces, entonces, los amenaza: “¿es que la incompetencia de todos ustedes me va a obligar a ocuparme yo mismo de estas cosas?”. El sentido de esta amenaza, claro está, es que “ocuparse de estas cosas” significa distraer la atención de su verdadera responsabilidad. Como al líder corresponde la gran batalla, no tiene

---

<sup>31</sup> Ver Hannah Arendt, Origins of Totalitarianism (Nueva York: Schocken Books, 2004), 407.

<sup>32</sup> En el caso de Venezuela, el líder consuma en el siglo XXI la obra de redención que sus predecesores comenzaron en los siglos XIX (Bolívar) y XX (Castro). El régimen en Venezuela ha abandonado la referencia a la V República. Progresivamente, el líder ha optado por explicar su presencia profética en términos de una especie de trinidad revolucionaria. Esta división de la historia en tres tiempos, típica de los movimientos gnósticos, ha caracterizado también la interpretación de la historia en los movimientos totalitarios del siglo XX. Ver Eric Voegelin, From Enlightenment to Revolution (Durham: Duke University Press, 1975); y The New Science of Politics, op. cit.

sentido que mientras él prevalece en su lucha universal, sus lugartenientes sean incapaces de resolver desafíos tan “pequeños”. ¡Qué distintas serían las cosas si todos tuvieran su misma determinación y compromiso, si todos sintieran la misma urgencia que el líder lleva en su corazón! ¿Cómo culparlo entonces de los problemas cotidianos si el propio líder es la peor víctima, quien más sufre con la incapacidad de su propio gobierno?

Los perversos y confundidos no pueden comprender el carácter sublime de los hechos que conforman el proceso revolucionario. Por tanto, resulta necesario obligarlos a presenciar los actos del líder, incluso los más triviales, pues todos son testimonios para la posteridad. Sólo cuando se tiene la perspectiva del elegido se puede comprender la trascendencia de ver al líder cantar, recitar poemas, contar chistes o jugar beisbol. Los largos discursos son ocasión para explicar y difundir la doctrina de salvación entre los confundidos.

Una dualidad extraña acompaña la figura del líder mesiánico. Por una parte, es una persona sencilla, de raíces humildes, un soldado del pueblo. Nunca pierde sus lazos con la gente. Habla en lenguaje popular de los asuntos que ordinariamente preocupan a la gente más humilde. Todo es muy complicado, pero el líder es capaz de explicar cualquier cosa con argumentos muy sencillos. Ningún tema escapa su sabiduría, pero nunca hace alarde. Como maestro del pueblo, explica la manera como todo, en definitiva, tiende al mal o al bien. La receta es bien sencilla: todo lo que concuerde con la clave revolucionaria es bueno, todo aquello que se le opone es malo. Cuando engola la voz y grita, habla para todos los siglos. Cuando susurra y escudriña los ojos, comparte en atmósfera de recogimiento y en tono de confesión íntima algún secreto oculto de su infinito amor. En un mismo discurso, pasa inesperadamente de un estilo a otro para reflejar cómo la pasión de su voz en alto se apoya en la verdad serena de su corazón.

Al mismo tiempo, sin embargo, la cercanía del líder con la gente se mezcla con una peculiar distancia. No tiene amigos ni iguales. No puede darse el lujo de tener personas cerca pues no puede confiar en nadie. Nadie sabe dónde vive, ni cómo organiza su vida. A veces viaja sin que nadie lo sepa. Otras veces desaparece por días consecutivos para luego reaparecer como si nada. El líder mesiánico justifica esta distancia con el argumento de que es el sacrificio propio de su inmensa dignidad, misión sobrehumana e histórica responsabilidad. El líder mesiánico, como supo hacerlo el rey absolutista Luis XIV, envuelve su persona en un aura de misterio para hacer sentir a la gente la infinita distancia que le separa de los seres humanos comunes.

El proceso totalitario gradualmente adquiere también una **dimensión universal**.<sup>33</sup> Los revolucionarios de espíritu totalitario consideran egoísta circunscribir a un país tan pequeño la bondad del ideal y la promesa de la plenitud futura. Tampoco consideran justo negar a otros pueblos el heroico liderazgo de su líder. La revolución extiende sus brazos, consciente de que también en el terreno internacional existe la división entre elegidos y perversos. Más aún, el verdadero enemigo, la raíz del mal, está fuera de las propias fronteras. Los enemigos internos no son sino instrumentos cómplices—lacayos—de un mal universal. El propósito de extender la revolución más allá del propio país corresponde a la pasión totalitaria por la unanimidad. Sin una proyección exterior contra un enemigo real o imaginario, los regímenes totalitarios no pueden mantener la fanática devoción de la cual depende su supervivencia. Los revolucionarios de espíritu totalitario se ven a sí mismos y al mundo entero en un permanente estado de emergencia, en una situación de permanente batalla.

En los distintos escenarios de la política exterior, los países libres no logran ajustarse al hecho de que los regímenes totalitarios rechazan todos los patrones tradicionales de conducta

---

<sup>33</sup> Sobre la coordenada universal en el espíritu totalitario, ver Michael Burleigh, The Third Reich (Nueva York: Hill and Wang, 2000); Waldemar Gurian, op. cit.

diplomática. El lenguaje totalitario llega a excesos que en otras circunstancias habrían constituido *casus belli* para cualquier nación que se respeta a sí misma. Calumnias, insultos, obscenidades, vituperios, son elementos normales del lenguaje totalitario en el escenario internacional.<sup>34</sup> Los países libres no alcanzan a entender—o pretenden no reconocer—que la política exterior de un régimen totalitario no tiene por objeto promover el acercamiento entre los pueblos de distintas naciones. Sólo cuando es demasiado tarde admiten la imposibilidad de mantener una coexistencia pacífica con un régimen totalitario suficientemente poderoso como para extender su radio de influencia.

En el espíritu totalitario, las reuniones internacionales son consideradas como escenarios para la lucha revolucionaria y, especialmente, valoradas como herramientas de política doméstica para destruir la moral del adversario. Bajo la óptica totalitaria, tiene sentido invertir los recursos del país en la expansión de la revolución pues ¿qué importan algunas escuelas, policías u hospitales mal dotados si con este sacrificio se podrá por fin erradicar el mal de una vez y para siempre? Los perversos, en su egoísmo, son incapaces de comprender la sublime generosidad del proceso revolucionario. La redención supone sacrificio, aún cuando en el caso de los procesos totalitarios, claro está, el sacrificio es del pueblo y no del líder o sus lugartenientes. El líder no puede sacrificarse dada la mesiánica envergadura de su responsabilidad y posición. Ni siquiera está obligado a dar testimonio de austeridad. Pero esto lo entiende la gente pues el líder tiene y disfruta lo que todos tendrán una vez llegado el futuro de plenitud: el líder es el espejo del porvenir.

El siguiente aspecto a considerar es la dimensión del **terror** como característica esencial de la realidad totalitaria. Esta es una de las coordenadas más complejas del fenómeno totalitario y quizás sobre la cual existe una mayor cantidad de falsos conceptos. En primer lugar, como

---

<sup>34</sup> Friedrich, op. cit., 58.

indicamos antes, el holocausto en los campos de concentración nazi o en los gulags soviéticos es el paradigma general en la mente de muchos a la hora de decidir si la situación de un país puede ser definida como totalitaria. La propia Hannah Arendt, en su clásica obra Los Orígenes del Totalitarismo, advierte que el terror en un sistema totalitario sólo puede darse en países con poblaciones lo suficientemente grandes como para permitir el exterminio de una parte.<sup>35</sup> De acuerdo con este criterio, nunca podría darse una realidad totalitaria en sentido estricto en un país pequeño como Cuba.

La propia Arendt, sin embargo, en escritos posteriores relativos a la experiencia totalitaria en los países de la Europa Oriental, reconsideró la naturaleza del terror en la realidad totalitaria.<sup>36</sup> El exterminio masivo fue el medio cruel que Hitler y Stalin utilizaron para generar terror, pero otros regímenes totalitarios pronto reconocieron la posibilidad de emplear formas distintas para lograr los resultados deseados con procedimientos muchísimo menos extremos. El problema, por tanto, no consiste en circunscribir el método utilizado para generar terror, sino comprender la propia esencia del terror en la experiencia totalitaria.

Una segunda idea equivocada se refiere al momento en el que se manifiesta el terror en una experiencia totalitaria. El argumento común es que no puede hablarse de totalitarismo mientras no exista un terror generalizado. Este criterio es importante para comprender la razón (equivocada) por la cual en Venezuela se tiende a definir la naturaleza del régimen utilizando la metáfora de la “careta”. Siempre tratamos de identificar cuál será la acción del régimen con la que finalmente se “quitará la careta.” Cada vez que el régimen cumple alguno de los hitos en el lenguaje de la careta (cierre de medios de comunicación, desconocimiento de resultados electorales, persecución de líderes opositores que han sido electos para posiciones de gobierno

---

<sup>35</sup> Arendt, op. cit., 414.

<sup>36</sup> Ver, por ejemplo, “Ideology and Terror: A Novel Form of Government” en The Review of Politics, Vol. 15, Nro. 3 (Julio, 1953), 303-327.

regional o local, intervención de la educación privada para los fines de la revolución, etc.), se define algún nuevo hito—“se corre la arruga”—, se acepta como inevitable lo que antes se prometió jamás se toleraría, y se continúa hablando de la naturaleza del régimen en tiempo futuro condicional. En el fondo, la razón de esta situación puede estar en la generalizada identificación de lo totalitario con el paradigma del holocausto: “el régimen es arbitrario y abusa del poder, pero no anda matando gente.” El problema con este diagnóstico es que se invierte el orden de los eventos en la experiencia totalitaria. Friedrich, en su conocida y muy referida obra sobre totalitarismo, explica que el terror totalitario aumenta en alcance y violencia en la medida en que el sistema totalitario se hace más estable y firme.<sup>37</sup> Arendt, por su parte, en el texto antes referido, advierte que el terror no es fundamentalmente el medio para intimidar y suprimir a la oposición, sino que por el contrario aumenta cuando la oposición se hace más débil, alcanza su clímax cuando ya la oposición no existe y despliega toda su furia no tanto contra los enemigos de la revolución sino contra personas inocentes incluso desde el punto de vista del régimen: “el aspecto más característico del terror totalitario es que se despliega cuando ya toda oposición organizada ha sido suprimida y el líder totalitario sabe que ya no hay nada a lo cual deba temer.”<sup>38</sup> La literatura sobre el totalitarismo se apoya en la experiencia histórica para demostrar que el terror totalitario aparece en regímenes completamente consolidados y se hace más feroz cuando ya ha logrado suprimir prácticamente toda voz disidente. Es incorrecto, por tanto, definir al terror como el elemento clave en la transición hacia el totalitarismo. Por el contrario, sólo lo que ya es totalitario es capaz de generar el terror propio de su naturaleza como forma de pensamiento y acción política. En palabras más claras, los regímenes totalitarios no comienzan desde el terror, sino desembocan o terminan en él. A la luz de esta realidad, incluso las

---

<sup>37</sup> Friedrich, Totalitarian Dictatorship, op. cit., 28-30.

<sup>38</sup> Arendt, Origins, op. cit., 394.

expresiones “régimen de vocación totalitaria” o “régimen con impulso totalitario” no tienen mucho sentido. Estas expresiones son análogas a decir que una persona diagnosticada con un cáncer en sus primeros estadios padece de una enfermedad con “impulso canceroso”, que sólo podrá catalogarse como propiamente “cáncer” luego de haber hecho metástasis y manifestados los signos más avanzados y dolorosos de la enfermedad.

¿En qué consiste el terror totalitario en sus manifestaciones más recientes? Ciertamente no es el miedo a sufrir torturas, ejecuciones en masa o deportaciones masivas. Las formas más brutales de represión parecieran ser impracticables en la actualidad. Hoy en día, en virtud de la siniestra habilidad de adaptación del virus totalitario, las formas de opresión son más sutiles y selectivas, dirigidas más bien a la esfera de la “presión existencial”.<sup>39</sup> No se limitan al aspecto físico de la vida, sino se concentran en su dimensión intelectual y moral. El terror totalitario no puede comprenderse en el sentido psicológico usual del terror como sentimiento o emoción caracterizado por un miedo extremo. Se trata, más bien, de un miedo en un sentido más profundo, que consiste en la más o menos consciente participación en el reconocimiento colectivo de un peligro permanente y ubicuo; en un estado de constante ansiedad acerca de lo que está o podría estar amenazado; en la gradual disposición a aceptar la amenaza como una parte sustantiva e inevitable de la realidad; en la resignación a vivir bajo esta situación de permanente amenaza como única actitud efectiva de sobrevivencia y auto-preservación.<sup>40</sup> Para propiciar esta situación generalizada de terror, basta que el líder totalitario logre generar una atmósfera de continua guerra civil, en la que cualquier persona o actividad sea igualmente vulnerable a ser catalogada como enemiga del “proceso”. Una pequeña empresa productora de café, una estación de radio de algún pueblo remoto, un dispensario médico en un área rural, un

---

<sup>39</sup> Václav Havel, “Dear Dr. Husák” en *Open Letters*, selección y edición de Paul Wilson (Nueva York, Vintage Books, 1991), 53

<sup>40</sup> Idem.

estudiante de la provincia, cualquier persona o actividad, independientemente de su nivel de exposición pública, puede en cualquier momento ser señalado como enemigo y, de allí en adelante, su subsistencia material y libertad física seriamente comprometidas. Con el propósito de generar esta sensación de terror, el régimen no sólo intimida a través de la amenaza, sino además hace evidente con hechos concretos de que dispone de todos los recursos del Estado, incluidas las armas, para cumplir con sus amenazas. Todos los órganos del Estado en un sistema totalitario, y así lo sabe la gente, se mantienen en permanente situación de alerta para ejecutar con celeridad cualquier orden que dicte el líder en defensa de su revolución. A veces demora un poco la ejecución de la orden, especialmente cuando es tan crasa su arbitrariedad que se les hace difícil a ministros, jueces, legisladores, fiscales u oficiales militares justificar su legalidad. Pero siempre encuentran una salida “jurídica” y luego hacen alarde del tiempo transcurrido como evidencia de la separación e independencia de los poderes públicos. El líder mesiánico, mientras tanto, los conmina a apresurar la marcha, pues debe complacer la exigencia de un pueblo que le exige gobernar con mano firme para avanzar en el proceso revolucionario: “así, así, así es que se gobierna.” No se trata de complacer las ocurrencias del líder, sino de cumplir con un pueblo que exige justicia. También, claro está, habrán constantes advertencias a las consecuencias de ser desleales con el proceso.

En definitiva, el terror totalitario consiste en quebrar la voluntad de la persona, de manera que ceda, acepte y se adapte a lo que la revolución exige, especialmente, y este es el punto crítico, si ello supone actuar en contra de la propia convicción. En su sentido más profundo, existe terror totalitario si el régimen logra que las personas, adversarias o no, nieguen sus propios principios y se dobleguen por su necesidad de sobrevivir o continuar “normalmente” la vida.



El terror es necesario para una revolución totalitaria porque es el motor de su dinámica de movimiento. Su propósito principal es remover los obstáculos de manera que las fuerzas de la historia expresadas en el ideal revolucionario puedan desarrollarse libremente, sin el impedimento de una acción humana espontánea. Más allá del capitalismo o el imperialismo yanqui como claves del mal, la libertad humana es la verdadera raíz del sufrimiento humano, la injusticia más grave del Creador y, por tanto, el obstáculo más grave a vencer.<sup>41</sup> Más allá de transformar las estructuras económicas y sociales, el verdadero reto es crear un **nuevo hombre** completamente consubstanciado con el ideal revolucionario. Sólo así es posible corregir la obra de la creación. El terror totalitario, entonces, tiene un sentido terapéutico dirigido a salvar los hombres de su propia conciencia para que así puedan escapar de la posibilidad de hacer el mal y entonces descansar en la verdad revolucionaria. Desde el punto de vista totalitario, y en virtud de su propósito de crear el hombre nuevo, el hecho de que las personas nazcan y mueran no deja de ser una interferencia enojosa en la dinámica del proceso, pues con el nacimiento de cada ser humano se abre la posibilidad de un nuevo comienzo. El terror totalitario, por tanto, como vehículo indispensable para acelerar el movimiento de la historia, busca liberar al proceso no sólo de actos concretos de libertad, sino del propio origen de la libertad en la vida de cada ser humano.<sup>42</sup> De allí que, tarde o temprano, el régimen totalitario reconoce la necesidad de intervenir la educación, y no tanto para adoctrinar a los niños sobre los principios ideológicos de la revolución, que como explicamos antes realmente no existen, sino para destruir su capacidad para formar convicciones propias, para impedir que actúen como personas libres conforme a la

---

<sup>41</sup> Este es el tema que magistralmente explora Dostoievski a través de la "Leyenda del Gran Inquisidor" en su novela Los Hermanos Karamazov. Sobre las manifestaciones de esta rebelión en el núcleo de la crisis espiritual de la modernidad y su vinculación con el auge de sistemas totalitarios, ver Henri de Lubac, The Drama of Atheist Humanism, traducción inglesa Edith M. Riley, Anne Englund Nash, y Mark Sebanc (San Francisco: Ignatius Press, 1995); Jacques Maritain, Integral Humanism, op. cit; y David Walsh, After Ideology: Recovering the Spiritual Foundations of Freedom (San Francisco: Harper Collins, 1990).

<sup>42</sup> Arendt, Origins, op. cit. 312-13.

propia conciencia. En su expresión más extrema, el terror en la experiencia totalitaria no apunta principalmente a los actos atroces que estos movimientos utilizan para expandir su dominación, sino a su férrea determinación de utilizar el poder político para transfigurar la naturaleza humana y corregir el orden creado de la existencia para así alcanzar la perfección en el plano temporal (no trascendente) de la historia, en virtud del conocimiento escatológico que el grupo revolucionario y, principalmente, su líder tienen sobre cómo conducir una sociedad al reino feliz de los tiempos finales.<sup>43</sup>

El ímpetu totalitario por crear una **segunda realidad** es consecuencia de su rebelión radical contra el orden de la existencia.<sup>44</sup> En condiciones normales, el ser humano reconoce que el sufrimiento, el dolor y la injusticia son realidades inescapables de la existencia humana en este “valle de lágrimas”, y aun cuando quizás no entienda por qué ello deba ser así, e incluso en ocasiones de desesperanza alce su voz de protesta, intuye que su plenitud como persona depende, en buena medida, de la respuesta vital que da a este misterio de su existencia. En el caso del líder mesiánico, la carga de la existencia pierde su sentido y se convierte en un accidente absurdo pues cree poseer el poder de transfigurar la existencia imperfecta en un estado definitivo de plenitud. Su ruptura, por tanto, no es con la realidad en sí misma, sino con el sentido o naturaleza de dicha realidad. El líder mesiánico, por tanto, se siente obligado a abandonar la realidad cuyo sentido rechaza para refugiarse en un mundo imaginario en donde la perfección es posible. La realidad, tal y como se le presenta, no se ajusta a los patrones de armonía que su sueño exige. Pronto, en consecuencia, el líder profético reconoce que no es suficiente una larga lista de reformas económicas, sociales, legales, etc. para transformar la realidad. Todas estas reformas serán

---

<sup>43</sup> Eric Voegelin, “The Oxford Political Philosophers” en The Collected Works of Eric Voegelin. Vol 11, edición e introducción de Ellis Sandoz (Missouri: University of Missouri Press: 2000), 24-46.

<sup>44</sup> Sobre el concepto de segunda realidad en el espíritu totalitario, ver Eric Voegelin, “The Eclipse of Reality” en The Collected Works of Eric Voegelin. Vol 28, edición de Thomas A. Hollweck y Paul Caringella (Baton Rouge, Louisiana: Louisiana State University Press: 1990), 111-162.

insuficientes hasta tanto no se transfigure la comprensión que el hombre tiene sobre el sentido de su propia existencia. La acción revolucionaria dirigida por el sueño ideológico debe modificar la existencia humana a este nivel, para que transformado el núcleo decisivo en la conciencia del hombre, la estructura del mundo pueda renacer en la perfección, en completa coincidencia con el dibujo paradisíaco que el líder mesiánico tiene en su imaginación. La única manera para que el paraíso revolucionario parezca realizable y las palabras del líder mesiánico no sean desechadas como meras tonterías, es que el líder sea capaz de eclipsar nuestra imagen de la realidad con una contra-imagen que cumpla con dos condiciones básicas: (a) debe abarcar toda la realidad, de manera que su carácter comprensivo luzca como una explicación plausible de la historia; (b) debe ser suficientemente oscura de manera que no sea fácil a primera vista reconocer la diferencia entre realidad e ilusión.<sup>45</sup> El acto mágico de transformación consiste, entonces, en desarrollar un esquema lingüístico e intelectual, un “diccionario revolucionario”, en virtud del cual la gente empiece a ver el sueño como una comprensión más elevada de la realidad hasta que, progresivamente, el líder logra disociar todo pensamiento de la realidad concreta.

La revolución totalitaria vive entonces en la imaginación y no en los hechos. En la imaginación revolucionaria, en su división entre pasado de ignominia y futuro de plenitud, en su distinción entre elegidos y perversos, la realidad tal y como se presenta es simplemente inaceptable. Opta, por tanto, por **eclipsar la realidad** y vivir en una **segunda realidad**: distorsiona los hechos, modifica las cifras, inventa estadísticas. Si acaso, por ejemplo, se produce una manifestación multitudinaria de oposición, simplemente se niega, se afirma que no pudo haber existido. Este “no puede ser” significa que no puede admitirse la existencia real de un hecho contrario a la clave de interpretación revolucionaria de la historia. Así, si unos jóvenes

---

<sup>45</sup> Ver Eric Voegelin, “Wisdom and the Magic of the Extreme” en The Collected Works of Eric Voegelin. Vol.12, edición de Ellis Sandoz (Baton Rouge, Louisiana: Louisiana State University Press: 1990), 315-375.

estudiantes de una universidad privada caraqueña protestan en las cercanías del cerro El Ávila, lo que el diccionario revolucionario traduce es que un grupo de revoltosos apátridas nacidos en cuna de oro ha inmolado el honor nacional al quemar, con ojos llenos de ira, la pradera sagrada del Wuaraira Repano. El diccionario revolucionario permite comprender el significado “real” de cualquier evento de acuerdo con la clave de interpretación de la historia. Y si los hechos persisten en oponerse a la visión revolucionaria, se fuerza la realidad para ajustarla a la verdad contemplada en la imaginación. “No puede ser” significa “no puede existir”. Por tanto, en el día 11 de abril de 2002, por ejemplo, no existió la insurrección del pueblo contra un autócrata sino fue la maravillosa ocasión para que millones y millones de venezolanos salieran en defensa de su líder. Para que ello sea y siga siendo así, cumplen presidio los inocentes y se erigen estatuas a los asesinos. La gente reclama esta injusticia en el lenguaje formal de la ley, aun cuando en el fondo de lo que se trata es de una lucha entre la realidad y la segunda realidad. Como el tema de la justicia es secundario pues lo importante para el régimen es asegurar que su interpretación de los hechos prevalezca en la memoria colectiva, la verdadera función del poder judicial es torcer la realidad para adaptarla al ideal revolucionario. La segunda realidad es tan nítida en la imaginación revolucionaria que no valen evidencias ni testimonios en contra. Con un procedimiento similar se alteran los índices utilizados para medir la calidad de vida: niveles de inflación, desempleo, criminalidad, salud pública, disponibilidad de vivienda, etc. Sin ningún rubor se modifica la fórmula de cálculo de las estadísticas sociales y, como por arte de magia, el líder mesiánico proclama orgulloso que nunca antes había habido tan poca pobreza, nunca tanto años de crecimiento y bienestar, jamás tantas escuelas y hospitales bien dotados. Los perversos, en su maldad, son incapaces de ver la “verdadera” realidad y por ello manipulan y distorsionan los hechos. En sociedades democráticas con una verdadera contienda pública por el poder y, por

tanto, con un control público de dicho poder, existen límites a la capacidad de un gobierno de explicar su desempeño por la vía ideológica. En ellas existen correctivos para impedir al gobernante abandonar la realidad para refugiarse en su ideología. En una situación totalitaria, estos correctivos gradualmente desaparecen hasta llegar a un mundo de apariencias en el que prevalece la pseudo-realidad.<sup>46</sup> Poco a poco, esta visión distorsionada y fantasiosa de los hechos adquiere una fortaleza muy particular: se convierte en la nueva realidad y, en muchos aspectos, se hace incluso más importante que la verdadera realidad que esconde. Llegado a este punto, la importancia de los hechos no deriva de su propio significado sino de su ubicación como conceptos o hitos en el proceso revolucionario. La realidad no es el objeto de la teoría sino lo contrario: la teoría revolucionaria produce la realidad.

La voluntad de transformar la realidad de los hechos a la visión revolucionaria no tiene límite alguno. Esta es la dimensión más aterradora que encierra el espíritu totalitario. Este es el punto decisivo en el que convergen todas las teorías sobre el totalitarismo. Nada puede oponerse a la visión mesiánica del líder. Y ese nada incluye a los seres humanos, independientemente de que sean elegidos o no. En la visión revolucionaria, la bondad suprema del fin justifica cualquier medio. En definitiva, la **vida concreta de seres humanos debe subordinarse al proyecto revolucionario.**<sup>47</sup> Y así lo reafirma el líder mesiánico cuando dice: “incluso con hambre, sufrimiento y muerte habrá que defender este proceso revolucionario”. Lo que importa no son los seres humanos sino la permanente evidencia de que la doctrina revolucionaria es correcta, de que el proceso revolucionario avanza en su lucha contra el mal hacia el futuro de plenitud, venciendo todos los obstáculos. En el fondo, las consignas revolucionarias no son realmente convocatorias a la lucha. Presentan, más bien, una disyuntiva fundamental para la existencia, pues encierran

---

<sup>46</sup> Havel, “Power”, op. cit., 137.

<sup>47</sup> Arendt, Origins, op. cit., 398.

una amenaza contra toda determinación de vivir la vida según la propia conciencia. En el grito “Patria, Socialismo o Muerte” se conmina al hombre a decidir entre doblegar su conciencia en la negación de sí mismo o arriesgar a perder la subsistencia, la libertad y, en definitiva, la propia vida.

#### IV

Una de las mayores dificultades para reconocer la naturaleza totalitaria de un régimen es el asunto de la legalidad. En la historia de la filosofía política, una categoría básica para definir la esencia de un gobierno es la distinción entre poder legítimo y poder arbitrario según el gobernante se someta o no a las leyes. Una autocracia, categoría común que agrupa a tiranía, dictadura y totalitarismo, es cualquier sistema político en el que los gobernantes no están sujetos a un marco legal preexistente cuya obediencia pueda ser garantizada por otras autoridades que compartan funciones de Estado con el suficiente poder como para obligar a los gobernantes a someterse a la ley. Los regímenes totalitarios, entonces, son “autocracias” en el sentido clásico del término pues todos los poderes e instituciones del Estado se someten a la voluntad del líder y él es la fuente definitiva de toda ley. En estos regímenes, el líder mesiánico tiene la primera y última palabra en todo.

Al mismo tiempo, sin embargo, los regímenes totalitarios se caracterizan por una vasta cantidad de legislación y por ser particularmente escrupulosos en el cumplimiento formal de la ley. Toda acción se apoya en algún reglamento, en alguna interpretación de la ley, según los procedimientos convencionales de un estado democrático de derecho. No es fácil acusar al régimen totalitario de arbitrariedad pues el líder tiene bastante cuidado en preparar el terreno jurídico para “blindar” con legalidad cada uno de sus actos, Esta capacidad para torcer la sustancia de la democracia y utilizar sus procedimientos para legalizar la arbitrariedad es una de

los atributos más siniestros del virus totalitario. Los regímenes totalitarios nos colocan en situación de explicar la paradoja de un autócrata escrupuloso en el cumplimiento de la ley. Para ello es necesario distinguir entre legalidad y legalismo autocrático y así establecer la diferencia entre el significado tradicional de la ley y el sentido ideológico con el que los regímenes totalitarios lo distorsionan.<sup>48</sup>

. El problema va más allá de la falta de independencia de los poderes del Estado. Sin duda, el líder controla todos los poderes y aprovecha este enorme poder para imponerles su voluntad. Sin embargo, esta situación no es suficiente para comprender el significado de “ley” en el ideario totalitario. El líder mesiánico, y los poderes públicos a su servicio, hacen más que simplemente torcer el significado evidente de una ley para justificar sus atropellos. Cuando un régimen, por ejemplo, clausura un canal de televisión amparado en el “vencimiento de una concesión”, y confisca sus equipos “para devolver al pueblo lo que es suyo”, no está simplemente actuando con hipocresía para esconder su verdadero propósito. Si escuchamos con atención, no hay señales de arbitrariedad en el mensaje. El régimen, por el contrario, afirma que al fin se da cumplimiento al verdadero sentido de la ley y que la decisión tomada es justamente la antítesis de la arbitrariedad. Más aún, el régimen continuamente afirma su determinación a aplicar la ley de la manera más estricta. Pero, ¿a cuál ley se refieren? Este es el punto decisivo. El verdadero significado de la legislación positiva no se ubica en la interpretación ordinaria sino en su relación con las leyes de la historia que orientan la dinámica del proceso. En la ideología totalitaria las “leyes de la historia” contienen un juicio existencial y no normativo. La monstruosa, pero al mismo tiempo “inobjetable” justificación del líder totalitario, es que lejos de proceder con arbitrariedad ha logrado al fin penetrar en el fundamento real de la autoridad que legitima toda ley. Su propósito no es lograr un *consensus iuris* sino imponer a través del proceso

---

<sup>48</sup> Friedrich, Totalitarian Dictatorship, op. cit., 5

revolucionario una legalidad en permanente movimiento, cuyo significado se deriva de lo que se entiende sirve al proceso en su marcha hacia la justicia plena de la perfecta sociedad futura. Lo legal para el líder mesiánico es obedecer a las fuerzas sobrehumanas de la historia de acuerdo con la clave de interpretación revolucionaria y enfrentar cualquier interés que obstaculice el camino hacia la redención. En el contexto totalitario, entonces, el término “ley” tiene un significado particular: no expresa el marco de estabilidad dentro del cual la actividad humana puede llevarse a cabo, sino es más bien la expresión de un movimiento. Es legal todo aquello que ayude a mantener e impulsar la dinámica del proceso hacia el objetivo histórico de la revolución e ilegal todo aquello que detenga u obstaculice el proceso. Esta es la clave para la interpretación de lo jurídico en la realidad totalitaria. El líder totalitario aplica estrictamente la “ley”, y todos sus lugartenientes “obedecen la ley” como la única manera de avanzar en la historia de acuerdo con la clave para la salvación que el líder posee, en virtud de haber descifrado el misterio de la existencia humana.<sup>49</sup> El vencimiento de una concesión de un canal de televisión, por ejemplo, es una valiosa oportunidad en el proceso revolucionario para arrebatar al enemigo un instrumento de manipulación, con lo cual se da un nuevo paso hacia ese porvenir en el que todos podremos reconocer la infinita bondad del ideal revolucionario y contribuir con sus nobles propósitos. ¡Qué dicha existe en Cuba, pues liberados de la mentira del enemigo, pueden vivir en la verdad! ¡Eso sí es una verdadera libertad de expresión, un pueblo libre de falsedades y calumnias!

Así como en el sistema totalitario se redefine el sentido de la ley, también se transfiguran las normas más elementales de la ética. Los regímenes totalitarios operan de acuerdo con un sistema de valores morales radicalmente distinto a las categorías comunes para distinguir entre

---

<sup>49</sup> Ver Hannah Arendt, “Authority in the Twentieth Century” en The Review of Politics, Vol. 18, Nro. 4 (Octubre, 1956), 403-417.



los actos morales e inmorales.<sup>50</sup> Esta es la raíz de la actitud cínica que acompaña a los líderes totalitarios, cuando afirman como virtud lo que obviamente se le opone. Por lo general, se atribuye la respuesta cínica a la hipocresía. Sin embargo, el problema es más complejo pues detrás de lo que luce como simple cinismo está la voluntad de valorar el bien en los actos humanos según si contribuyen o no al ideal revolucionario: la perfección moral del ser humano depende de su concordancia con el ideal de sociedad perfecta en el futuro. En este contexto, la violencia y el resentimiento son actos virtuosos en tanto que despejan de obstáculos a la lucha revolucionaria.

En el “código” de la moral totalitaria, la violencia es expresión de justicia y fortaleza. El sistema totalitario, entonces, exalta la pasiones humanas más bajas para explotar el rencor, la envidia, la división y el odio entre la gente. No valen argumentos de sentido común apelando al líder totalitario a propiciar la conciliación entre los ciudadanos. Estos argumentos no son persuasivos pues el líder entiende lo bueno y lo malo de manera radicalmente distinta. Si la sociedad está unida, en un clima de cordialidad y armonía, la lucha revolucionaria ha perdido su vigor y muy posiblemente las malignas fuerzas de la historia han logrado gran terreno. La paz es señal del que el mal una vez más se resiste, invitando al pueblo a conformarse con la imperfección para resignarse a seguir siendo explotado por los poderosos. Cuando, por el contrario, la pugna y la división son la norma, una sociedad viva se rebela ante la injusticia en plena batalla para demoler las fuerzas del mal. En la mente de los líderes totalitarios, la naturaleza violenta de estos sistemas no es inconsistente con su práctica de presentarse siempre como los campeones de la justicia. Con golpes de pecho, el líder mesiánico eleva su mirada al cielo para denunciar tanto odio y dolor, justificando al mismo tiempo sus peores arbitrariedades en nombre de la piadosa misión que le ha correspondido cumplir.

---

<sup>50</sup> Arendt, Origins, op. cit., 303

En el diccionario totalitario, democracia participativa y protagónica es el régimen que permite al líder visionario controlar y decidir todo en nombre de la verdadera voluntad del pueblo; libertad es lealtad absoluta al proceso revolucionario, independiente de toda convicción propia; libertad de expresión es el propósito firme de librar la sociedad de la mentira; crítica u oposición al régimen es sinónimo de egoísmo y maldad; constitucional y legal es toda acción que permita al proceso mantener su movimiento hacia la plenitud futura; elecciones democráticas son manifestaciones colectivas de la fe en el proceso y oportunidad para medir el esfuerzo de apostolado en la ciudad de los perversos; el verdadero papel de las instituciones del Estado y sus fuerzas armadas es dar testimonio concreto de su convicción en el ideal revolucionario y su obediencia irrestricta al líder mesiánico; intervención en los asuntos de otros países es el generoso compromiso revolucionario con la verdad ecuménica de su proyecto; cultura es la represión del acto creativo individual para exaltar la verdad revolucionaria.

Esta redefinición de la moral no se lleva a cabo de manera oculta. Cada día vemos a algún personaje del régimen afirmar algo en clara y franca contradicción con los hechos. El líder explica el nuevo significado de las palabras con toda claridad, pero ello no disminuye su efectividad ni amenaza la estabilidad del proceso. Todo lo contrario. Cuando los legisladores, el alto mando militar o los magistrados del Tribunal Supremo de Justicia gritan consignas en apoyo al líder; cuando la directiva del Consejo Electoral ordena expulsar a empujones de la sala de escrutinio a los dirigentes de la oposición; cuando pistoleros se escudan detrás de un pelotón de la Guardia Nacional para disparar contra una manifestación de opositores; cuando personas inocentes son condenadas como criminales mientras se condecora asesinos; cuando se llama “Padre” a Fidel Castro pero se escupe el féretro de un arzobispo; son justamente momentos así cuando el líder mesiánico proclama con mayor orgullo y satisfacción que al fin ha llegado al país

la verdadera paz de la democracia. Trágicamente, y así lo sabe muy bien el líder, son también estos momentos de crasa arbitrariedad y violencia cuando su popularidad aumenta, pues al revelar “con sinceridad” los secretos de su sistema, y demostrar su férrea determinación a aplastar al adversario a toda costa, la gente siente que, en virtud de su unión mística con el líder, son ellos ahora quienes mandan. Estos sentimientos de protagonismo y satisfacción en la dominación de los otros son más profundos en la medida en que haya mayor rencor, división y violencia. En lo más íntimo de su corazón, el líder totalitario dice no sentir conflicto alguno pues cree que odia porque ama.

Una dimensión esencial para reconocer la magnitud de la amenaza totalitaria es comprender que su dinámica apunta en la dirección opuesta a lo que ofrece. El proyecto totalitario promete libertad, solidaridad y futuro. Por su propia esencia, no puede sino destruir la libertad, exaltar al egoísmo y detener la historia.

El proyecto totalitario promete la liberación, el reino definitivo de la libertad. Desde esta perspectiva, el bien no depende de la acción moral de las personas sino de la transformación radical de las estructuras de la sociedad de acuerdo con la fórmula revolucionaria. Las estructuras actuales son intrínsecamente perversas mientras aquellas que vislumbra el ideal revolucionario, y hacia las cuales la sociedad avanza de manera indetenible, son plenamente justas. Como la fórmula revolucionaria no existe realmente, el proceso de liberación más bien consiste en destruir todas las estructuras políticas, económicas y sociales del presente. No son entonces los principios ni la conducta ética de los hombres el fundamento de la justicia en una sociedad. Basta con transformar—destruir—las estructuras para estabilizar la vida humana. La historia de la libertad coincide con el proceso redentor de la revolución.

La realidad, claro está, es que esta liberación totalitaria es la destrucción de la libertad verdadera y la creación de un automatismo ciego. Una sociedad definitivamente justa presupone el fin de la libertad pues se niega el hecho de que con el nacimiento de cada ser humano se abre un nuevo inicio. No puede haber reposo en la tarea de ordenar la existencia pues cada generación debe abordarla de nuevo. Por ello, el Papa Benedicto XVI advierte:

Puesto que el hombre sigue siendo siempre libre y su libertad es también siempre frágil, nunca existirá en este mundo el reino del bien definitivamente consolidado. Quien promete el mundo mejor que duraría irrevocablemente para siempre, hace una falsa promesa, pues ignora la libertad humana. La libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez. La libre adhesión al bien nunca existe simplemente por sí misma. Si hubiera estructuras que establecieran de manera definitiva una determinada—buena—condición del mundo, se negaría la libertad del hombre y, por eso, a fin de cuentas, en modo alguno serían estructuras buenas.<sup>51</sup>

El futuro se mantiene abierto constantemente pues la vida en común se desarrolla en torno a la libertad humana y, por tanto, siempre admite la posibilidad del fracaso. El ámbito temporal de la actividad política, en consecuencia, no es el futuro sino el presente. No corresponde al político arreglar un mejor mundo para el mañana sino procurar mejorar de tal manera la realidad presente que quizás ella pueda también servir de fundamento al bien del mañana. La llamada sociedad perfecta del futuro es un espejismo que priva al presente de toda su fuerza y dignidad. Entre la visión de la sociedad totalitaria del futuro y la vida en una sociedad libre existe un gigantesco abismo. Mientras una sociedad libre se caracteriza por una pluralidad de expresiones de la vida espiritual, intelectual y moral a través de múltiples manifestaciones del pensamiento y de la cultura, una sociedad totalitaria exige conformidad, rigidez y disciplina.<sup>52</sup> La paradoja que esconde la pretensión de construir un paraíso terrenal a través de la transformación

---

<sup>51</sup> *Spe Salvi*, nro. 24

<sup>52</sup> Havel, "Power", op. cit., 134-135.

de las estructuras es que en definitiva se pretende librar al hombre de su propia libertad, de manera que, utilizando la expresión de Sartre, ya no esté condenado a ser libre.

El ideal totalitario también ofrece una sociedad solidaria, caracterizada por la generosidad y la atención a los más necesitados. En los totalitarismos de izquierda, el Estado es la fuente de esta generosidad. La solidaridad entre personas no es producto de actos humanos concretos sino el resultado de la activa intervención de un gobierno guiado por los principios del ideal revolucionario. Como el Estado se apropia del monopolio de la solidaridad, no es posible hablar de actos personales de entrega desinteresada a otros, sino de la “grandeza humana” de un proyecto político. Cuando el Estado acapara toda la actividad de redistribución y se erige en la fuente única de apoyo material, vulnera en lo más íntimo la vocación fundamental del ser humano a la entrega sincera de sí mismo a sus semejantes. Un gobierno comete una grave injusticia cuando invade y se apropia de todas aquellas oportunidades concretas para la entrega personal que pueden desarrollarse de manera individual, en las comunidades o a través de los diversos grupos intermedios de la sociedad. El principio de subsidiaridad en la Doctrina Social de la Iglesia exige al Estado no invadir lo que individuos y grupos intermedios pueden y deben hacer por sí mismos. Este principio no se basa en consideraciones de eficiencia sino se apoya en aquella realidad fundamental de la persona que el Papa Juan Pablo II recordó así:

El hombre no puede darse a un proyecto solamente humano de la realidad, a un ideal abstracto, ni a falsas utopías. En cuanto persona, puede darse a otra persona o a otras personas y, por último, a Dios, que es el autor de su ser y el único que puede acoger plenamente su donación...Se aliena el hombre que rechaza trascenderse a sí mismo y vivir la experiencia de la autodonación y de la formación de una auténtica comunidad humana, orientada a su destino último que es Dios. Está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y consumo, hace más difícil la realización de esta donación y la formación de esa solidaridad interhumana.<sup>53</sup>

---

<sup>53</sup> Centessimus Anus, nro. 41 (subrayado nuestro).

Una circunstancia típica en las sociedades bajo un proyecto de dominación totalitaria es que no obstante la constante referencia a la solidaridad, los individuos tienden más al egoísmo y, en términos generales, a aislarse cada vez más de sus semejantes para encerrarse en sí mismos. Frente a un clima de permanente tensión y conflicto, agravado por las constantes amenazas de invasión de toda esfera personal de actividad, el ser humano tiende a desligarse de los asuntos públicos para concentrar toda su energía en resolver sus propios problemas y necesidades. Como mecanismo de sobrevivencia, muchas personas se desentienden de la política, que sólo ven como fuente de angustia y frustración, para refugiarse en la lucha del día a día por la sobrevivencia material. Otros buscan sobreponerse a la ansiedad definiendo proyectos para escapar de una realidad que agobia. En nuestro lenguaje ordinario, es el “plan B” que domina la imaginación de muchos, especialmente de los más jóvenes. De cuando en cuando, alguna acción de resistencia aviva la llama de la esperanza. Pero cuando el régimen responde y se repone con su acostumbrada severidad, aumentan el escepticismo, la sensación de impotencia y, principalmente, el aislamiento. Progresivamente, se crea un clima generalizado de apatía en el que las acciones más grotescas de injusticia y arbitrariedad sólo suscitan una muy tibia reacción. Quienes logran mantener la capacidad de asombro se preguntan “¿cómo es que no pasa nada?” Pero los días siguen y el proceso continúa su marcha inexorable pues ésta es la situación anímica más propicia para su desarrollo: el régimen busca doblegar espiritualmente a la persona para así remover todo obstáculo potencial a su proyecto de dominación total. En tales circunstancias, el tiempo mismo parece detenerse. El régimen totalitario habla continuamente del futuro, pero en realidad todo lo convierte en una rutina irracional de atropello y “permanente” batalla. Al preguntársenos “¿qué sucede en Venezuela?”, respondemos invariablemente “lo mismo”, aun cuando en un día cualquiera el régimen anuncie estar en pie de guerra con el país vecino, cierre

decenas de emisoras de radio y dicte un auto de detención contra el principal líder de la oposición. A la postre, la necesidad de aislarnos de la realidad, de enfocarnos en nuestras propias necesidades, de imaginar alternativas de escape y de procurar silenciar nuestra propia angustia frente a las constantes amenazas, desembocan en una situación generalizada de desesperanza. Al no haber la espera de bienes futuros, la vida se detiene. En el caso de Cuba, como fue también la experiencia en los países de la Europa oriental, no percibimos que el tiempo se paralizó porque todavía, por ejemplo, se utilicen los mismos vehículos de hace cinco décadas o las calles y edificaciones se mantengan permanentemente en completo estado de deterioro y abandono. Es en realidad la mirada apagada de la gente lo que mejor descubre la desolación de la desesperanza en la cárcel de un tiempo inmóvil.

## V

Al concatenar las diversas coordenadas del fenómeno totalitario, ordenándolas en el tiempo de acuerdo a la lógica que han seguido los líderes mesiánicos en la experiencia de otros países, empezamos a comprender mejor la propia dinámica de nuestra historia en estos años de Revolución Bolivariana.<sup>54</sup> El proceso se inicia en la imaginación de un joven inquieto y ambicioso que empieza a concebir la política como el único espacio para la realización humana. Esta visión, este sueño, debe cumplirse a toda costa. Recurre entonces a medios violentos, pero sin resultados positivos. Pronto se le unen personas con mayor experiencia para convencerlo del potencial táctico de los procedimientos democráticos.<sup>55</sup> Al llegar finalmente al poder, todavía

---

<sup>54</sup> Los siguientes textos son útiles recuentos de los principales eventos políticos durante los primeros diez años de la Revolución Bolivariana: Roberto Giusti, Los Años Duros (1989-2004) (Caracas: Editorial Libros Marcados, 2006) y Con la Frente en Alto - Los Años Duros 2(2005-2006) (Caracas: Editorial Libros Marcados, 2006); Armando Duran, Venezuela en Llamas (Caracas: Editorial Melvin, 2004)

<sup>55</sup> Los revolucionarios de la “vieja escuela” conocen bien textos como el de Curzio Malaparte (1931) sobre las técnicas más eficientes para el golpe de estado, que explican lo innecesario de tomar el palacio de gobierno con la

no tiene claro la clave para transformar la sociedad. Sabe, sin embargo, que puede entretanto dedicarse a destruir todo orden pre-existente. Su llegada al poder es el quiebre de la historia. Atribuye al pasado absolutamente todos los males de la sociedad y promete sin ningún escrúpulo siglos futuros de plenitud. Poco a poco, sin embargo, la dinámica de destrucción pierde su encanto inicial. Los problemas persisten y entonces el líder revolucionario se ve obligado a acelerar el paso. Apela entonces al resentimiento y utiliza el lenguaje de los enemigos. Inventa estadísticas para demostrar que todo marcha según el cronograma revolucionario. Cuando esto también se hace insuficiente comienza a intimidar, incluso a los suyos. Pero los problemas persisten y hasta empeoran, al contrario de lo prometido en el sueño revolucionario. Quizás el problema de fondo, concluye el líder mesiánico, es que sus opositores no son sino peones o lacayos de una fuerza universal que lucha contra la consolidación de su revolución. La batalla en el país, entonces, se hace pequeña. Se trata de una batalla universal que habrá de librarse con la misma determinación de antes. La ideología revolucionaria pasa a ser cuestión de soberanía. Además de perversos, sus opositores son traidores y apátridas. Finalmente llega el momento decisivo. No obstante su intimidación, manipulación y continua capacidad de destrucción, los problemas tercamente se agravan. Poco a poco, el líder revolucionario reconoce que el verdadero problema está en la propia naturaleza humana y, en concreto, en el ejercicio de su libertad. El proyecto revolucionario sólo será posible si se consigue transfigurar al propio hombre, si se logra un hombre nuevo. Para este hombre nuevo, la libertad individual no será una condición indispensable. Por el contrario, este hombre nuevo deberá ser capaz de sacrificar no sólo su libertad, sino incluso la propia vida para la consecución del proyecto revolucionario. Ahora la revolución se plantea en términos de proyecto político o muerte. Llegado a este punto, las

---

fuerza de las armas a la manera romántica de las insurrecciones populares del siglo XIX, cuando es tan sencillo manipular la legalidad para demoler las instituciones democráticas desde adentro, aprovechando sus "ingenuos" procedimientos. Ver Raushning, op. cit., 12.



libertades personales se subordinan por completo a los intereses del proyecto revolucionario y la dignidad humana se vincula con la pertenencia y participación en el proyecto. Por supuesto, en todas estas etapas se confirman las evidentes contradicciones entre la pseudo-realidad del proyecto revolucionario y la verdadera realidad. Se presenta el proyecto revolucionario con un lenguaje de solidaridad pero desata los más profundos rencores. Critica al materialismo como causa esencial de los problemas sociales y reivindica el valor de la solidaridad, mientras el proyecto se nutre del egoísmo y de la manipulación de las necesidades materiales y de subsistencia más urgentes. En suma, se presenta a sí misma como redentora, pero termina la política revolucionaria por volcarse contra el propio hombre, contra su vida y su libertad. El líder comienza destruyendo las instituciones. Cumplida esta labor invade la sociedad para destruir también allí toda actividad autónoma. Eventualmente, no le queda otra cosa que destruir sino a los seres humanos. Es entonces cuando el terror totalitario se expande, a modo de metástasis, en sus manifestaciones más crueles. La evidente correspondencia entre la manera como históricamente se despliega la lógica totalitaria y el orden de los hechos en la historia de la Revolución Bolivariana debiera servirnos como criterio a la hora de definir la naturaleza del régimen que nos gobierna.

Otra forma de “poner a prueba” la teoría sobre el totalitarismo consiste en evaluar si las coordenadas del fenómeno totalitario ayudan a comprender el significado de las palabras del líder de la revolución. Casi siempre, la premisa en la interpretación es que el lenguaje del líder esconde un mensaje oculto, algún propósito ulterior difícil de descifrar. A veces, sin embargo, reconocemos que el líder expresa exactamente lo que piensa. El problema, como en otras experiencias totalitarias en la historia, es que no llegamos a comprender su mensaje porque las palabras en el lenguaje revolucionario tienen un significado completamente distinto. La teoría

sobre el totalitarismo, como esfuerzo de interpretación de la dimensión total de las palabras en el lenguaje revolucionario, debe servir para iluminar lo que de otra forma permanecería incomprensible, dando unidad a lo que parece múltiple y coherencia a lo que luce absurdo. Toca entonces escuchar las propias palabras del líder. En lugar de citar frases aisladas tomadas de diversos discursos, conviene escoger un momento en el que el líder haya explicado de manera franca y abierta los propósitos del proceso revolucionario. Repasaremos entonces el texto limpio de un discurso, sin mayores comentarios de nuestra parte más allá de los necesarios para ubicar las reflexiones del líder en su contexto, de manera que podamos juzgar si acaso las coordenadas del totalitarismo nos ayudan a descubrir el alcance y verdadero significado de sus palabras.

Los días 12 y 13 de noviembre de 2004, el Presidente Chávez dirigió un taller de alto nivel estratégico para esbozar su nuevo mapa estratégico a los miembros de su equipo de gobierno, alto mando militar, dirigentes del “proceso” y colaboradores más cercanos. No fue una intervención improvisada, pues comenzó diciendo: “Bueno, amigas y amigos, yo he trabajado con mi equipo y asesores horas y horas desde hace bastantes días preparando esta exposición que les traigo.” Quizá porque en otras ocasiones sí se ve obligado a improvisar, insistió en seguida: “Voy a hacer una exposición a la cual he dedicado horas y horas de trabajo, de pensamiento, de consulta, de un esfuerzo de integración de ideas de muchas personas, de libros, buscando elaborar un instrumento general acerca de lo que llamo la nueva etapa a la que hemos entrado.”<sup>56</sup>

Chávez comenzó su discurso con esta exigencia:

Quiero que sepan que en esta nueva etapa el que está conmigo, está conmigo, el que no está conmigo está contra mí...No acepto medias tintas: que yo tenga un pie por allá y un pié por acá, ya es tiempo de que dejemos eso atrás. El que no se sienta verdaderamente constanciado con este proyecto revolucionario...que asuma las consecuencias, pues. Si alguien...estuviera invadido por ese perverso modelo de ser y no ser, de querer estar bien

---

<sup>56</sup> Hugo Chávez Frías, “Taller de Alto Nivel El Nuevo Mapa Estratégico,” (Caracas: Colección de Intervenciones del Presidente de la República Hugo Chávez Frías, 2004), 11.

con Dios y con el diablo, cosa que es imposible, pues que se defina de manera determinante.<sup>57</sup>

Tan importante exigencia debía ser reiterada:

Nosotros necesitamos que... todos estemos entregados en cuerpo y alma al proceso revolucionario bolivariano. En cuerpo y alma... Nosotros no podemos estar por la mitad. ¡No!, ¡No!, ¡Estamos o no estamos! ¡Somos o no somos! Y es que estas ideas que hoy voy a presentar buscan contribuir con esa definición, porque muchas veces alguien pudiera estar en esa situación de ser y no ser, no por mala fe sino por falta de conciencia, por falta de conocimiento profundo del terreno donde está parado, de la dinámica donde está cumpliendo un rol y cuál es el rol que le toca cumplir.<sup>58</sup>

A modo de proemio o reflexión introductoria, Chávez se dedicó a explorar con su audiencia las primeras páginas de la obra Los Miserables de Víctor Hugo:

Cuando leí esto en la madrugada, me hizo reflexionar y se me incrementó la piquiña. Cuando voy en los carros negros a toda velocidad y miro a los lados y hay un mendigo allá, o hay unos niños por allá pobres. Me provoca pararme ¿saben? Pero como uno es prisionero del tiempo y de otras cosas, entonces lo que deja allí es un pedazo del alma. Lo que provoca es bajarse y quedarse ahí, pero no es mi papel ahorita al menos en esta etapa, así lo he entendido un poco.<sup>59</sup>

Chávez compartió esta inquietud luego de elogiar la generosidad del Obispo, cuya serena disposición a socorrer al necesitado es el tema con el que comienza esta obra del novelista francés. Chávez se detuvo luego a reflexionar sobre el diálogo entre el obispo y el viejo revolucionario, ya moribundo:

Y el obispo a pesar de que el obispo era un buen hombre, muy caritativo pero de ideas conservadoras, coincidía con el revolucionario en la carga social, en el dolor de la pobreza. Tenemos que abrir el compás y estudiar a fondo la naturaleza humana, porque cuando uno ve, por ejemplo, los resultados de las elecciones regionales, consigue que en barrios pobres hubo una importante votación de la oposición... eso es un dato que hay que considerar, porque están votando por el enemigo... Vamos a conversar, vamos a convencerlos de que éste es su proyecto. Vamos a tratar de convencerlos, porque están equivocados. Espero que estén anotando esos lineamientos, porque ustedes están obligados todos a trabajar en base a estos lineamientos. Son lineamientos estratégicos. No

---

<sup>57</sup> Ibid, 12.

<sup>58</sup> Idem.

<sup>59</sup> Ibid., 13

son sólo reflexiones que yo estoy haciendo hoy, son lineamientos estratégicos que ustedes deben asumir...<sup>60</sup>

Chávez continuó entonces su reflexión con una discusión sobre el “contrapunteo” entre el obispo y el viejo revolucionario:

Qué queréis decir, replico el obispo. “Quiero decir que el hombre tiene un tirano, la ignorancia—dice el anciano revolucionario moribundo—y yo he votado por el fin de ese tirano que engendra la falsa autoridad, un hombre no debe ser gobernado más que por la ciencia.” “Y por la conciencia”—añadió el obispo. “Es lo mismo, la conciencia es la cantidad de ciencia innata que tenemos en nosotros mismos.”<sup>61</sup>

A lo que Chávez añadió: “Y esto es cierto, la conciencia no nace de la nada, por obra y gracia del Espíritu Santo, la conciencia es producto de la acumulación de conocimiento.”<sup>62</sup>

Siguió Chávez con su lectura de Los Miserables:

El Obispo reclama al revolucionario la razón por la que le cortaron la cabeza al Rey. Él responde: “En cuanto a Luis XIV no voté por su muerte, no me creo con el derecho de matar a un hombre, pero me siento con el deber de exterminar el mal, he votado por el fin del tirano, es decir, por el fin de la prostitución de la mujer, el fin de la esclavitud para el hombre, el fin de la ignorancia para el niño, he votado por la fraternidad, la concordia, la aurora, he ayudado a la caída de las preocupaciones y los errores. El hundimiento de las unas y de los otros produce la luz.”<sup>63</sup>

Chávez parafraseó las palabras de este párrafo con la siguiente convocatoria a la lucha:

“Nosotros debemos hacer caer el viejo mundo, y ese viejo mundo, vaso de miserias, deberá volcarse sobre el género humano para convertirse en una urna de alegría.”<sup>64</sup> Esta convocatoria es urgente, Chávez subrayó, pues la obra, tal y como explica el viejo revolucionario, permanece incompleta:

“La obra está incompleta, convengo en ello, hemos demolido el antiguo régimen en los hechos, no hemos podido suprimirlo completamente en las ideas, no basta destruir los abusos y es menester modificar las costumbres, el molino ya no existe, pero el viento que

---

<sup>60</sup> Ibid. 14-15.

<sup>61</sup> Ibid., 15

<sup>62</sup> Idem

<sup>63</sup> Ibid., 16

<sup>64</sup> Idem.

lo movía aún continúa soplando.” Esto es una sabiduría de los siglos. No es suficiente para nada destruir el viejo régimen en los hechos. No es suficiente que el mapa venezolano esté cubierto de rojo...No para nada, apenas somos un ejército desplegado en batalla, desplegado nada más. La nueva batalla profunda está comenzando, el enemigo está intacto, ocupando sus posiciones, más allá de las gobernaciones, más allá de las alcaldías, más allá de lo visible, más allá de lo nacional...tenemos que demoler el viejo régimen a nivel ideológico...Por todos lados la idea, la idea, la idea, la idea, la vieja idea hay que golpearla, golpearla, golpearla, pero golpearla sin clemencia por el hígado, por el mentón, todos los días, en todas partes, las viejas costumbres, si no lo hacemos, si no las demolemos, ellas nos van a demoler tarde o temprano y tendríamos que terminar la vida diciendo: otra vez hemos arado en el mar, otra vez Jesucristo, Don Quijote y nosotros los grandes majaderos de la historia. No son los hechos, no es la superficie lo que hay que transformar, es el hombre...<sup>65</sup>

La verdadera revolución es la transformación del hombre. Allá, en lo profundo de su conciencia, Chávez reconoce que el fondo del problema está en el propio orden de la existencia creado por Dios:

Y una de las características fundamentales de un líder, sobre todo de un líder revolucionario... es que siga el sendero de Cristo. Yo sé que aquí hay compañeros y compatriotas que no creen en Dios, eso es válido. Yo a veces entro en conflicto tremendo con Dios, y creo mucho más en Cristo, el ser humano, Cristo el hombre pues.<sup>66</sup>

Culminada esta meditación preliminar, Chávez ayudó a su audiencia recordar el sentido estratégico de las etapas recorridas: “La nueva etapa, el nuevo mapa estratégico y aquí es bueno recordar que nosotros no llegamos aquí improvisando, sino llegamos como producto de un hecho histórico y de una planificación estratégica.”<sup>67</sup> Describió entonces el debate inicial sobre cómo alcanzar el poder:

Con ese mapa navegamos en el 94, en el 95 y en el 96....Luego en el 96 comenzamos a darle un vuelco al mapa cuando apareció lo que llamábamos entonces “ventana táctica”.

---

<sup>65</sup> Ibid., 16-17

<sup>66</sup> Ibid., 17 (subrayado nuestro)

<sup>67</sup> Ibid., 18

Porque nosotros no teníamos dudas hacia dónde íbamos, ahora cómo hacerlo si por la vía pacífica o por la vía armada eso empezó a ser tema de debate durante varios años.<sup>68</sup>

En estos primeros años del mapa estratégico, llegó un momento en el que la democracia y sus instituciones se convirtieron en alternativa táctica. Así lo explicó Chávez:

Entonces en el 96, en el 97 se abrió la ventana electoral de 1998 y decidimos irnos por ahí. Alguna gente de nuestras filas se fue si no molesta, desencantada... Pero ese mapa ha seguido al menos en estos años de gobierno... Ya llevamos tres mapas estratégicos, son una evolución del mismo mapa. El mapa va cambiando a nivel interno y a nivel internacional... Para poder navegar nosotros los actores del mapa, ... los que pretendemos neutralizar las fuerzas adversarias que tienen otro mapa, que pretenden hundir nuestros buques para que no naveguemos y destrozarnos nuestro mapa para que nadie lo conozca... Es el maravilloso arte de la estrategia.<sup>69</sup>

Este mapa estratégico, desde luego, encuentra sus raíces en la historia:

Luego, a los pocos años estaba cayendo Sucre en Berruecos. Ay balazo y Bolívar en Santa Marta: "He arado en el mar". Pero no importa, hicieron algo grande. Cumplieron la primera etapa de la jornada. Luego vino el frío, se congeló todo, y luego la resurrección y aquí estamos nosotros, pero en la misma batalla.<sup>70</sup>

Explicó entonces Chávez los conceptos fundamentales de una estrategia y los objetivos de largo plazo del proceso revolucionario:

Siempre hay que pensar que hay un adversario, uno nunca está jugando sólo. Este es una de las diferencias fundamentales entre el plan normativo y el estratégico, el plan normativo sólo implica normas, el plan estratégico debe considerar que hay un adversario o que hay un enemigo.<sup>71</sup>

El objetivo de largo plazo, en lo económico, nadie puede tener duda de ello, es trascender el modelo capitalista. El modelo económico capitalista es inviable, imposible, nosotros los líderes debemos tenerlo muy claro. ¿Es el comunismo la alternativa? ¡No! No está planteado en este momento... No nos estamos planteando eliminar la propiedad privada,

---

<sup>68</sup> Ibid., 19

<sup>69</sup> Ibid., 19

<sup>70</sup> Ibid., 27.

<sup>71</sup> Ibid., 27

el planteamiento comunista, no. Hasta allá no llegamos. No, nadie sabe lo que ocurrirá en el futuro, el mundo se va moviendo. Pero en este momento sería una locura, quienes se lo plantean no es que están locos, no. No es el momento.<sup>72</sup>

El logro de estos objetivos supone la disposición a destruir todas las viejas costumbres.

Para insistir sobre esta idea, Chávez volvió a referirse al viejo revolucionario de Los Miserables:

“Vuelvo con el viejo revolucionario francés hay que demoler las viejas costumbres porque si no ellas nos van a demoler a nosotros. Eso tiene que ver con todos los ámbitos, con todos los actores, con los sindicatos, con los fondos de pensión, todo, todo, todo.”<sup>73</sup>

Luego de aclarar que no puede ser el alcalde de toda Venezuela, Chávez pasó entonces a explicar el origen de los programas sociales, llamados “misiones”, hoy considerados como la mejor evidencia de su genuino interés por socorrer a los más necesitados y dedicar su gobierno a las necesidades más urgentes:

Ustedes deben recordar que, producto del golpe y todo el desgaste aquel, la ingobernabilidad que llegó a un alto grado, la crisis económica, nuestros propios errores, hubo un momento en el cual nosotros estuvimos parejitos, o cuidado si por debajo. Hay una encuestadora internacional recomendada por un amigo que vino a mitad del 2003, pasó como dos meses aquí y fueron a Palacio y me dieron la noticia bomba: “Presidente, si el referéndum fuera ahorita usted lo perdería.” Yo recuerdo que aquella noche para mí fue una bomba aquello... Entonces fue cuando empezamos a trabajar con las misiones, diseñamos aquí la primera y empecé a pedirle apoyo a Fidel. Le dije: “Mira, tengo esta idea, atacar por debajo con toda la fuerza”, y me dijo: “Si algo sé yo es de eso, cuenta con todo mi apoyo”. Y empezaron a llegar los médicos por centenares. ..Y empezamos a inventar las misiones. ..Y aquella avalancha de gente que se nos vino encima, y de Ribas, y Vuelvan Caras, y empezamos a meternos todos... Y entonces empezamos, mire, a remontar en las encuestas, y las encuestas no fallan, las encuestas no fallan. No hay magia aquí, es política, no es magia, y vean cómo hemos llegado.”<sup>74</sup>

Nuevamente emocionado, Chávez recordó a su audiencia que la lucha no tiene tregua y advirtió sobre el gran error de considerarse invencibles:

---

<sup>72</sup> Ibid., 30-31.

<sup>73</sup> Ibid., 45.

<sup>74</sup> Ibid., 46

Entonces que nadie vaya a pensar que somos invulnerables, no, somos sumamente vulnerables. Que nadie vaya a pensar que ya el enemigo está en retirada, en desbandada...No el enemigo está ahí. Esto que estoy planteando acá es la continuación de la ofensiva, para impedir que se reorganicen, hablando en términos militares, y si se reorganizaran, para atacarlos y hostigarlos sin descanso.

Un aclaratoria necesaria, pues la batalla es decisiva: “En una revolución o se triunfa o se muere si es verdadera dijo el Che Guevara.” Chávez insertó esta convocatoria en el contexto del significado de la política:

No es cierto que la política sea eso del arte de lo posible. ¡Ah! Porque ese es un falso consuelo. “Yo hice lo que pude”, si yo estoy aquí, ¿voy a hacer sólo lo posible? ¿Ese es el arte de la política? No, ese es el reducto de los conservadores, de los malos revolucionarios, de los cómodos. También, en algunos casos, de los cobardes. “La política es el arte—tomo casi textualmente [a Carlos Matus, escritor chileno y colaborador de Allende]—de hacer posible mañana, lo que hoy es imposible”. Eso es la política y, sobre todo, la política revolucionaria.<sup>75</sup>

Como esta política revolucionaria genera resistencia, Chávez recomendó “diseñar un buen sistema de comunicación...debemos instalar una sala situacional, una “sala de Guerra” para comunicarnos en tiempo real como en la guerra.”<sup>76</sup> Concluyó, entonces, su análisis sobre el significado de la política y su revolución con una grave advertencia final:

No hemos llegado aquí para hacer cambios superficiales... Nosotros podemos hacerlo y...podemos hacerlo en paz. Afortunadamente, sin tener que estar fusilando a nadie, ni armando guerrilla, ni estar poniendo bombas ni masacrando a nadie. Dios quiera que siga siendo así. Esto tiene que ser una revolución. Nosotros no hemos llegado aquí para hacer cambios superficiales ni para poner parches de agua tibia, tenemos que ir a fondo, transformar las estructuras económicas, las estructuras políticas, las estructuras sociales, empezando por la estructura moral y espiritual para generar una sociedad de hermanos y de iguales, de verdad.<sup>77</sup>

---

<sup>75</sup> Ibid., 73

<sup>76</sup> Ibid., 75

<sup>77</sup> Ibid., 81 (subrayado nuestro)



## .VI

Así como la pregunta sobre la naturaleza del régimen acompaña toda reflexión sobre la situación política en Venezuela, también la interrogante sobre cómo resistir el proyecto de dominación de la Revolución Bolivariana es una constante en quienes aún mantienen la voluntad de luchar por defender la libertad: “¿Y entonces—nos preguntamos siempre—qué hacemos?”

Una de las mayores dificultades para responder esta pregunta es que la política pertenece al orden práctico y, por tanto, ninguna teoría general puede reemplazar el juicio prudencial sobre lo que corresponde hacer en una determinada situación concreta. Toca entonces al político definir, con base en su experiencia y conocimiento práctico de la realidad, la acción específica a llevar a cabo. Sin embargo, aún cuando el juicio práctico del político desemboca en lo concreto, en la realización del acto que corresponde aquí y ahora—*hic et nunc*—el razonamiento parte de principios y criterios generales que son su forma. Si bien no es posible proporcionar una receta específica para la actividad política, quizás podamos contribuir con algunas reflexiones generales que se desprenden de las consideraciones aquí expuestas sobre la naturaleza del régimen político en Venezuela, con la esperanza de que puedan encontrarlas útiles quienes tienen o tendrán la responsabilidad de retomar el rumbo del país hacia la legalidad, el orden, la convivencia y la libertad.

Al constatar las libertades que todavía subsisten en Venezuela, aun de manera precaria y bajo la constante amenaza del régimen, generalmente no prestamos suficiente atención a la distinción entre el propósito de dominación de la revolución y la tenacidad con la que la sociedad se ha resistido a ceder sus “espacios de libertad”. Cuando desde el exterior se analiza la situación venezolana, se subraya el hecho de que aún existen amplias oportunidades para la crítica y la actividad política de oposición, con lo cual, se nos dice, no es posible hablar de autocracia en

ninguna de sus formas.<sup>78</sup> Sin embargo, muy pocos reconocen que estos espacios permanecen a pesar del propósito de dominación del régimen. Los regímenes totalitarios no se desarrollan en un vacío. En el caso de Venezuela, la Revolución Bolivariana ha tenido que enfrentar una sociedad acostumbrada a vivir en libertad. Por aquello de la imagen del “cuero seco” con la que describimos la dificultad de doblegar al venezolano, podemos afirmar que lo total no ha prevalecido en Venezuela porque, a pesar de las dificultades, se ha logrado mantener vivo el sentimiento opositor. Mientras exista la voluntad de contraponer otra posición, no puede consumarse la totalidad a la que aspira el régimen. Por tanto, al analizar la situación en Venezuela, es preciso separar el régimen de la sociedad. Desde esta perspectiva, bien podríamos decir que en Venezuela existe un régimen totalitario pero no una sociedad totalitaria. Los espacios que aún subsisten no son una concesión generosa del régimen ni, mucho menos, expresión de su convicción democrática, sino el resultado de un pueblo renuente a dejarse dominar. Sobre este particular es un deber de justicia reconocer la perseverancia de todos aquellos que no han bajado la guardia ni un instante durante estos diez años, aún en las condiciones más adversas. Una vez superada esta dolorosa etapa en Venezuela, la historia reconocerá el enorme papel de quienes día tras día han mantenido viva la oposición al régimen.

La afirmación de que el proyecto de dominación de la Revolución Bolivariana no ha logrado doblegar aún la voluntad del pueblo venezolano no contradice el hecho de que nuestra

---

<sup>78</sup> Por lo general se considera la existencia de medios privados de comunicación social con espacios para la crítica como una garantía suficiente para la democracia. Havel explica el error de esta apreciación de la siguiente manera: aún cuando el debate público es una condición primaria de la democracia, la esencia de la democracia es una competencia legal por el poder político. La opinión pública, por tanto, reflejada a través de los medios de comunicación social, puede actuar como un efectivo medio de control sólo si también tiene el poder de influir en las decisiones del gobierno. En definitiva, el poder sólo escucha al poder, y si un gobierno debe mejorar, debe ser posible amenazar su existencia y no sólo su reputación. Ver “On the Theme of an Opposition” en Open Letters, selección y edición de Paul Wilson (Nueva York, Vintage Books, 1991), 26.

sociedad ya presenta algunos síntomas serios del virus totalitario. Durante estos diez años, se nos ha tratado de convencer de que no hay matices en la realidad política, de que todo es blanco o negro, bueno o malo. Este enfoque de la realidad, característico del enfoque totalitario, ha logrado “infectar” en buena medida al resto de la sociedad. Así, por ejemplo, el espíritu totalitario está presente en la forma apasionada con la que se interpreta el significado de la voluntad mayoritaria del pueblo como una especie de divinidad intramundana frente a la cual no hay posibilidad alguna de apelación.<sup>79</sup> Como explicamos antes, la comprensión clásica de por qué un gobierno debe ser limitado—y no total—parte del reconocimiento de la existencia de esferas íntimas en la vida humana que deben permanecer fuera del alcance del poder político. La esfera espiritual exige la libertad de conciencia y la esfera de la razón requiere de la libertad de expresión y pensamiento. La separación de las esferas de la vida humana entre lo político y lo pre-político supone que la sociedad entienda el peligro de transformar los asuntos del espíritu y la razón en temas políticos, de manera que ningún grupo pueda aprovechar una situación de mayoría circunstancial para imponer a otros sus creencias e ideas. Al colocar toda la sustancia de la democracia en el veredicto de la mayoría expresado en elecciones, se otorga un significado de “totalidad” a la voluntad mayoritaria. Un fundamento esencial de la democracia, reiteramos, mucho más importante que sus mecanismos electorales, es el consenso implícito acerca de la necesidad de resguardar las esferas íntimas de la vida humana del ámbito de poder de la política.

La tendencia general a refugiarnos en la imaginación es una segunda manifestación del virus totalitario en la sociedad. Así como el régimen antepone una segunda realidad en la interpretación de los hechos, nuestra oposición al régimen también tiende a ignorar o negar los hechos reales para escaparnos a un mundo imaginario en el que todavía es posible desarrollar la actividad política propia de una democracia en pleno funcionamiento. Insistimos incluso en

---

<sup>79</sup> Ratzinger, *Values*, op. cit., 63

catalogar al régimen como “el peor gobierno de la IV República”, queriendo expresar con ello cómo en el fondo todo sigue siendo igual que antes y cómo la Revolución Bolivariana no es más que un gobierno extremadamente ineficiente. En circunstancias normales de competencia democrática, en un contexto en el que distintas opciones políticas compiten por el poder en situación de igualdad,<sup>80</sup> un gobierno represivo y arbitrario tiene muy escasas posibilidades de mantener los niveles de apoyo popular necesarios para perpetuarse en el poder. En tales circunstancias, la tarea de la oposición consiste en señalar las deficiencias del gobierno y persuadir al electorado de que ofrece una mejor opción. Mientras peor es el gobierno, más persuasivo es el argumento de la oposición. En una sociedad infectada por el virus totalitario, sin embargo, ya nada es normal o predecible pues se han destruido las condiciones básicas para la persuasión racional, que es el punto de partida de la actividad política en una democracia. Los regímenes totalitarios mantienen importantes niveles de apoyo popular independientemente de su conducta en el poder.<sup>81</sup> Altísimos niveles de inflación, repetidas situaciones de desabastecimiento, constantes reclamos laborales o escándalos de corrupción poco alteran la percepción de la gente. Baja ocasionalmente el apoyo al régimen, pero luego se dispara nuevamente, especialmente en los momentos de mayor violencia y represión. Esta es una de las realidades más complejas del fenómeno totalitario: ¿cómo es que estos regímenes mantienen el apoyo del pueblo, e incluso se hacen más fuertes, precisamente en los momentos en que su arbitrariedad, abuso de poder y voluntad de dominación se hacen más evidentes? Nos contagiamos del sueño imaginario de la mentalidad totalitaria cuando optamos por ignorar esta

---

<sup>80</sup> Havel explica las condiciones reales para la competencia legal por el poder en una democracia en los siguientes términos: “la simple verdad es que sólo puede hablarse seriamente de democracia cuando la gente tiene la oportunidad—con una cierta frecuencia—de elegir libremente quien los gobernará. Y esto supone la existencia de por lo menos dos alternativas conmensurables, vale decir, dos fuerzas políticas autónomas y mutuamente independientes, que disfrutan de los mismos derechos e igual oportunidad de convertirse en la fuerza dirigente del país si así lo decide la gente.” “On the Theme”, op. cit., 29.

<sup>81</sup> Ver Arendt, *Origins*, op. cit., 457-470.

realidad o, peor aún, cuando simplemente preferimos negar su existencia. Tampoco ayuda simplificar las razones que explican el apoyo al régimen para atribuirlo simplemente a una especie de ignorancia colectiva o al propósito de obtener prebendas del régimen. El problema es más complejo pues la distorsión totalitaria consiste precisamente en hacer imposible la actividad política en una democracia al trasladar la persuasión al ámbito de la esfera íntima u oculta del ser humano. Un demócrata responsable sabe que no puede generar odio y división como vehículo de su mensaje; está consciente de que no puede prometer una situación de plenitud futura que excede a lo que puede alcanzar la política; entiende que no puede intimidar a la gente haciéndole creer que su proyecto político es la única alternativa para la subsistencia; comprende que no puede confundir su mensaje político con la patria, declarando traidor a todos sus adversarios; reconoce el peligro de vincular su proyecto político con una determinada clase social, de manera que para los individuos de dicha clase el apoyo a su proyecto se convierta en un asunto de lealtad vital; nunca diría que la alternativa a su proyecto es la muerte, convirtiendo su proyecto en el propio sentido y significado de la existencia humana; jamás se le ocurriría pensar que el apoyo a su proyecto es sinónimo de virtud, mientras que cualquier posición contraria es necesariamente perversa. El líder mesiánico, por su parte, no tiene escrúpulo alguno en manipular lo más íntimo del ser humano, de manera que lo más sublime en cada individuo se confunda con sus pasiones más bajas. Por un lado exalta en la gente esperanza, disposición al sacrificio, voluntad heroica, solidaridad, sentido de pertenencia. Al mismo tiempo promueve miedo, egoísmo, violencia, resentimiento y odio. El líder totalitario logra confundir de tal manera lo bueno y lo malo, que los actos más viles empiezan a llamarse virtud. Si observamos con atención la actitud y condición existencial típicas de quienes contagiados con el virus sucumben al influjo totalitario, reconocemos esta confluencia de potencialidades opuestas: en ellos esperanza se confunde con

miedo; sacrificio con egoísmo; lo heroico con la agresión al adversario; solidaridad con el resentimiento; honestidad con la mentira; sentido de pertenencia con la exclusión de los “otros”; reconocimiento de la propia dignidad con la negación de la humanidad del adversario.

Esta situación existencial que subyace al apoyo del régimen permite comprender mejor el comportamiento inusual del sentimiento popular, completamente distinto, y casi siempre opuesto, al que cabría esperar en condiciones de normalidad democrática. Las categorías convencionales no sirven como elementos de predicción. Desempleo, inflación, criminalidad, etc. no tienen una influencia determinante en el comportamiento de la voluntad popular. Aumenta el apoyo popular al régimen totalitario justamente cuando se producen situaciones que habrían originado una gravísima crisis de popularidad para un gobierno democrático. Y el líder totalitario, consciente de esta situación, se muestra más arbitrario, represor y violento cuando percibe alguna disminución en las encuestas, seguro de poseer el antídoto necesario.

Así como la historia comprueba que los regímenes totalitarios gozan de un importante apoyo popular, también la experiencia demuestra que el apoyo a estos regímenes se desploma de manera repentina, prácticamente de un día para otro. Los regímenes totalitarios se apoyan sobre una inmensa mentira, que tan pronto se descubre sale la sociedad totalitaria de esa especie de hipnosis colectiva que le impide distinguir entre lo bueno y lo malo. De repente, vuelven las personas a ver con claridad. En los juicios de Núremberg, muchos altos oficiales nazis no lograban explicar la razón de sus crímenes pues no podían reconocerse a sí mismos en los valores que guiaron su actitud pasada.<sup>82</sup> La lucha contra un régimen totalitario, por tanto, consiste principalmente en develar la mentira, exponiendo la grotesca distorsión de lo específicamente humano en el ideal del líder mesiánico. Los gérmenes de la pasión totalitaria

---

<sup>82</sup> Ver, por ejemplo, Albert Speer, Inside the Third Reich – Memoirs (Nueva York: Simon & Shuster, 1970).

solo pueden ser destruidos en el alma de individuos que recobran el sentido del verdadero bien en su propia existencia.

En un sistema totalitario, la política deja de ser la manifestación de una cierta orientación ideológica de un gobierno determinado para transformarse en algo radicalmente distinto: “es la compleja, profunda y prolongada violación de la sociedad o, más bien, la auto-violación de la sociedad”.<sup>83</sup> En tales circunstancias, la forma tradicional de conducir la política está seriamente comprometida. Ya no es posible enfocar la acción política en la propuesta de una orientación distinta a la administración de los asuntos públicos para luchar por un cambio en el gobierno. Esta actitud no es sólo ilusoria sino además completamente inadecuada, pues nunca alcanza a tocar la raíz del problema. Creemos estar en lo correcto al enfocarnos en los problemas “reales” de la gente, como los asuntos del transporte, vialidad, salud pública o dotación de escuelas, para dejar a un lado las consideraciones “abstractas” sobre el valor de la dignidad y el significado de la libertad. Sin embargo, en una sociedad totalitaria los llamados temas “abstractos” son los más reales. Mientras más se insiste en reducir la política a lo concreto, que es desde luego lo que corresponde en condiciones de normalidad democrática, crece entre la gente un sentimiento generalizado de frustración y el temor de que los líderes no reconocen lo que realmente está bajo amenaza. Aumentan entonces los sentimientos de amargura, escepticismo, pasividad y apatía, que es justamente donde el régimen desea mantener a los confundidos y manipulados integrantes de la “ciudad de los perversos”. En realidad, el problema real y concreto de la gente es la amenaza de perder todo aquello que en condiciones de normalidad democrática podía dar por sentado. Son problemas reales que la necesidad de subsistir nos obligue a doblegarnos, que permanentemente debamos aceptar el cinismo como verdad, que poco a poco perdamos la capacidad de tener voz propia, que eventualmente nada más exista la verdad revolucionaria, que

---

<sup>83</sup> Havel, “Power”, op. cit., 180

transformen nuestros hijos según el modelo del nuevo hombre, que poco a poco no nos quede otra alternativa sino aceptar con resignación el infierno del paraíso revolucionario. Estas son angustias muy concretas, no abstractas, de quienes reconocen el enorme potencial de la Revolución Bolivariana para destruirlo todo.

El ámbito real de la política en un sistema totalitario está en la esfera íntima u oculta del ser humano. Es allí donde verdaderamente existe la posibilidad de comunicación entre personas que han dejado de reconocerse mutuamente, pues todo ser humano está abierto al bien y a la verdad. El centro de gravedad se desplaza de lo político al ámbito existencial de lo pre-político, allí donde la realidad del régimen colide con el sentido y valor de la existencia humana. La mentira del régimen se descubre en la conciencia individual, pues en definitiva cada ser humano sabe que la mentira no es verdad, que el odio no es amor, que la ambición no es sacrificio ni el egoísmo es generosidad. Se desploma el régimen totalitario cuando las personas reconocen que no pueden orientar su existencia según la distorsionada definición del bien y del mal del código moral de la revolución, sino que son responsables de la propia vida de acuerdo con la verdad que escuchan en la voz de la conciencia. Allí reside la vulnerabilidad fundamental de los regímenes totalitarios, pues tarde o temprano las personas se reencuentran con el significado de la vida. Descubierta la mentira del “nuevo hombre” a imagen y semejanza del líder mesiánico, se revela la auténtica vocación humana al bien una vez que la persona retoma el sentido de la propia responsabilidad en sus actos morales.

¿Cómo traducir todo esto a la lucha política? En primer lugar, supone vivir la verdad. Esto no sólo tiene valor en la dimensión existencial (regresar lo humano a su naturaleza inherente), en la dimensión noética (revelar la realidad tal cual es) o en la dimensión moral (dar ejemplo a otros). Vivir la verdad en un sistema totalitario tiene también una dimensión política,



en tanto que el fundamento real del régimen es la falsificación de lo humano.<sup>84</sup> En virtud del complejo sistema de dominación en el que se fundamenta el sistema totalitario y del cual depende, todo intento de vivir en la verdad necesariamente constituye una amenaza al régimen y, por tanto, adquiere una dimensión política.<sup>85</sup> Vivir la verdad significa actuar de manera que sea reconocida la posibilidad de vivir conforme a la propia convicción. Significa también hacer explícita la condición humana de la persona que asume la responsabilidad de la propia existencia. Se trata, en definitiva, de ayudar a otros a re-descubrir el sentido de lo humano al traducir en actos la voz de la propia conciencia. La medida de la efectividad en la lucha política, por tanto, no se mide en grandes movilizaciones o en estructuras partidistas desplegadas de acuerdo con los criterios tradicionales. Tampoco, desde luego, en tácticas, encuestas, o movimiento de ajedrez de “operadores políticos”. El gran aliado del esfuerzo opositor está en el potencial de humanidad de todo aquel que aún apoya al régimen, pues en cualquier momento, por su condición de ser humano, puede ser conmovido por la fuerza de la verdad. La fuerza de la oposición, entonces, radica en una suerte de arma bacteriológica a través de la cual el testimonio de una sola persona puede desarmar toda una sociedad obnubilada por la mentira revolucionaria.<sup>86</sup> El régimen parece impenetrable, sólido, inquebrantable, pero su frágil fundamento lo expone a esta enorme vulnerabilidad. Este testimonio puede venir de cualquier parte, y originarse desde cualquier circunstancia. Basta una pequeña ruptura en la estructura colosal del régimen para que toda ella se desplome. La eventual articulación política de estos testimonios que se originan desde la esfera de la pre-política tiene una importancia secundaria. Lo fundamental es que estos testimonios se desarrollen y maduren como resultado de una voluntad continua de confrontar la distorsión humana del sistema totalitario, y no como

---

<sup>84</sup> Ibid., 155

<sup>85</sup> Ibid., 156

<sup>86</sup> Ibid., 149

expresión de una estrategia o plan político. La clave, por tanto, es que el propósito de vivir la verdad no sea la obtención o el cálculo de dividendos políticos inmediatos, ni se apoye en la certeza de su eficacia, sino que refleje la determinación de vivir la propia vida de acuerdo a la luz de la conciencia. La verdadera esperanza es una condición del espíritu que no exige la garantía de resultados futuros sino que resulta de la confianza en el bien que se vive.

Corresponde a los líderes políticos, con su propio testimonio, preparar a la gente para esta disposición existencial a vivir la verdad. En circunstancias de dominio totalitario, el liderazgo político no consiste en la formulación positiva de planes o proyectos alternativos de gobierno, que nunca podrían ser tan esplendorosos como la sociedad plena del futuro que promete el sueño revolucionario. Un político responsable no puede competir en el terreno de la demagogia con el líder mesiánico sin traicionar sus propias convicciones o su comprensión de lo que realmente la política es capaz de lograr. Su liderazgo es más bien defensivo, pues su propósito fundamental es lograr que la política regrese a su verdadero origen en la persona humana. De allí que la actividad política en los sistemas totalitarios no pueden realmente concebirse como oposición sino como resistencia al régimen. Los actos realizados en el contexto de la fachada de legalidad democrática del régimen, como por ejemplo participar en elecciones o acudir a un tribunal de justicia, adquieren un significado completamente distinto si se les entiende como actos de resistencia. Visto desde una perspectiva correcta, el carácter defensivo de la resistencia no es una debilidad sino su principal fortaleza. ¿Cuál es el “proyecto” de la “oposición”? En realidad, no puede ser otro que resistir el proceso de dominación total del régimen para develar su mentira a través del testimonio de la verdad que se descubre al vivir conforme a la conciencia. Con actos concretos de resistencia, se enfrenta al régimen en el terreno existencial de la pre-política, allí

donde el líder totalitario busca dominar la esfera íntima de la persona, con lo cual se realiza la lucha en el propio ámbito que el proyecto totalitario invade.

Vivir la verdad en actos de resistencia supone admitir que hemos perdido la democracia. Significa reconocer que, más allá del control de todas las instituciones, de la sumisión de todos los poderes públicos y de las Fuerzas Armadas, del uso indiscriminado de los recursos del Estado para fines particulares, de las continuas arbitrariedades y atropellos, de las detenciones ilegales, de los descalificativos y las calumnias, de la siembra de odio y división, este régimen es todavía peor que todas estas circunstancias reunidas. Supone advertir que esta revolución, en su voluntad de dominarlo todo, es capaz de pasar por encima de la vida, la dignidad y la libertad de seres humanos para crear al hombre nuevo, que es la verdadera vocación total de su proyecto revolucionario.

Hoy en Venezuela un silencio de angustia crece día a día. Es el silencio de quienes permanecen en la cárcel víctimas de la injusticia, el silencio de la indignación frente al cinismo, el silencio de quienes sufren el destierro, el silencio de quienes se doblegan por miedo a perder lo necesario para la subsistencia, el silencio de la impotencia frente a la calumnia, el silencio del miedo y la intimidación, el silencio de la desesperanza, el silencio de la justicia, el silencio de la razón, el silencio de la verdad, el silencio de la propia conciencia. Quiera Dios que sepamos transformar este silencio en una lucha serena y firme, guiada por el criterio y la convicción, y animada por una verdadera esperanza en el bien defendido. Sólo así recobramos aquel otro silencio, ese silencio de paz que era el fundamento de nuestra convivencia como nación cuando compartíamos una comprensión de la dignidad de todo ser humano y del valor de su libertad. Ello será así pues el bien prevalece. Entonces, podremos nuevamente buscar nuestra plenitud en

la verdad compartida y retomar aquella generosidad, afecto y alegría tan nuestros, para de nuevo reencontrarnos como nación en el silencio de la democracia.